
¡NOS HAN ROBADO la LUNA!
P. DANGER
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO



CAPÍTULO I

La Luna ha desaparecido

La desaparición repentina e imprevista de la Luna, en la noche del 23 de mayo de 1973, fue el acontecimiento más asombroso de la historia de la humanidad. Aquella noche (era ya casi verano y el calor apretaba fuertemente en todo el mundo) quedó profundamente grabada en las mentes de toda la humanidad. Porque aquel sorprendente hecho, que parecía imposible y fuera de toda lógica, sucedió sin que nadie (o casi nadie) lo advirtiera. Ni una señal, ni un estallido, ni una explosión predijeron al mundo lo que sucedía. Simplemente, la Luna desapareció de repente. Los que la contemplaban en aquellos momentos (era la una y dieciséis minutos de la madrugada) pudieron observar, en el instante de la desaparición, una raya de luz cruzarla, pero esto podía ser muy bien una ilusión óptica porque, salvo esta señal, nada más se pudo advertir. Solamente el hecho de que nuestro satélite había desaparecido, y nada más.

Muchas personas resultaron afectadas por este insólito suceso. ¿Qué

podrían hacer los enamorados, los poetas, los músicos, si les faltaba la fuente de su inspiración?... ¿Y los políticos, desesperados ante la sospecha de si una potencia enemiga les había arrebatado la Luna?... ¿Y los científicos, incapaces de explicarse el hecho?...

Sí, muchas personas fueron afectadas por la desaparición del astro nocturno, pero ninguna como Helmut Kraun. Aquella noche, como todas las noches de su vida, Helmut Kraun, el multimillonario rey de las finanzas, considerado como el hombre más afortunado del mundo, salió al jardín de su residencial mansión, sita en las afueras de Berlín.

Como venía practicando desde que se dedicara a las finanzas, allá en los lejanos tiempos de su juventud, cada noche, después de cenar, se sentaba media hora en el jardín contemplando el firmamento. Como solía decir, el contemplar la Luna le daba suerte. Cada vez que tenía que tomar una decisión de importancia, consultaba silenciosamente al astro nocturno. Siempre, infaliblemente, la decisión tomada era la más acertada. En sus largos años de lucha financiera, ni una sola vez se había equivocado. “La Luna me aconseja mejor que el más eficiente de los secretarios”, solía decir, cada vez que se le preguntaba sobre esta extraña columbre.

Wanda su mujer, salió tras él. Juntos, silenciosamente juntos, se sentaron en una mecedora contemplando la redonda faz de la Luna, Helmut comentó:

-No sé, Wanda, pero creo que si me faltara este cotidiano descanso, no podría resistir tantas horas encerrado en un estúpido despacho -se reclinó en la mecedora lanzando un suspiro-. Cuando el hombre haya llegado a la Luna, hemos de ir a darle las gracias.

Apartó su vista de la faz lunar, que parecía sonreírle, y la fijó en su esposa. Aquella noche Wanda estaba maravillosa. Dejando en una mesita cercana el vaso del que había estado bebiendo, se inclinó hacia ella, susurrándole al oído:

-¿Te acuerdas, Wanda, de nuestros primeros tiempos? Tú y yo solos, sentados en pleno campo, contemplando durante horas enteras esta risueña faz... Siempre he creído que nos ayuda porque tuvimos fe en ella. Y ahora es cuando más necesitamos de su apoyo. Wanda -se inclinó levemente, y apoyó su mano en el brazo de ella-, no quería decírtelo para no preocuparte, pero no me veo capaz de ocultártelo y quiero que lo sepas. Hoy he invertido cas todo

nuestro capital en las obras del puente sobre el Mediterráneo. Si esta empresa sale bien habremos triplicado nuestra fortuna, pero si algo fallara...

Dejó en suspenso la frase, mientras contemplaba el todavía bello rostro de su esposa. Al ver que ésta no le contestaba, le susurró al oído:

-Miremos a la Luna, Wanda. Pidámosle ayuda una vez más.

Y levantó su rostro hacia el firmamento. Apenas lo había hecho, Kraun se levantó de un salto dejando caer el vaso que había vuelto a coger poco antes. Lanzando una sonora maldición, exclamó:

-¡La Luna ha desaparecido, Wanda! ¡Ha desaparecido!

Porque efectivamente, el lugar que antes ocupara el astro veía ahora negro, sin asomo de claridad. Solamente a lo lejos titilaba alguna estrella, demostrando que el lugar que antes ocupara la Luna estaba totalmente vacío.

Helmut Kraun se tiró de los pelos con rabia, abatido y desesperado. Para él no importaba el hecho en sí de que la Luna hubiese desaparecido. Lo único que importaba era la fuerza moral de que el apoyo que le prestara antes ya no existía. Volvió a sentarse y murmuró:

Estarnos perdidos, Wanda. Nos arruinaremos.

Y volvió a mirar al cielo, esta vez con odio. Levantó su puño y, en su inconsciencia, amenazó:

-¡Ay de aquél que haya robado la Luna!

* * *

Muchos hombres, al igual que Helmut Kraun, se desesperaron al conocer la noticia. Porque a la mañana siguiente, por todos los periódicos del mundo, la noticia apareció en grandes titulares en la primera página. El hecho, inexplicable de por sí, fue aumentado considerablemente cuando los periódicos quisieron dar posibles explicaciones. Seres extraterrestres, fuerzas desconocidas circulando por el espacio... todas las explicaciones posibles e imposibles fueron lanzadas al éter. Pero a nadie se le ocurrió dar la más ligera alusión de dónde había ido el astro fugitivo. Solamente, en el observatorio del Monte Palomar...

El profesor Henry Martín, uno de los más reputados astrónomos mundiales, se encontraba examinando con profunda atención el planeta Marte. Intentaba, provisto del nuevo telescopio atómico de reciente fabricación, y del que había sido dotado el observatorio, deducir la naturaleza de los canales marcianos. En aquellos momentos (hacía apenas dos horas que la Luna había

desaparecido, aunque él todavía no lo sabía) enfocaba la mira del telescopio hacia uno de los lados del rojo planeta, cuando una especie de rayo luminoso le cegó por unos instantes. Asombrado por lo insólito del caso, volvió a observar por el objetivo, esta vez con mayor atención. Lo que vio pareció sorprenderle tanto que, frotándose los ojos incrédulamente, llamó a su ayudante.

-Zobel, venga aquí.

Zobel era un hombre relativamente joven a pesar de lo cual había ganado ya dos premios de astronomía, siendo considerado corno una de las más firmes promesas en este campo. Hombre práctico, solamente creía en lo que veía, importándole un comino todas las teorías que no estuvieran basadas en hechos ciertos e irrefutables. Al llamado del profesor acudió al telescopio, tomando el puesto de éste. Miró por el ocular, y lanzó un grito de sorpresa:

-¡Es imposible!

-Usted también lo ve, ¿verdad? Entonces no es una ilusión mía. Existe realmente.

Apartando la vista del telescopio, Zobel se volvió a mirar al profesor. Sus ojos, de color verde intenso, que habían causado más de un desmayo en el elemento femenino, expresaban ahora como nunca el asombro y la incredulidad. Preguntó a Martín:

-¿Qué puede ser eso?

-¿Que qué puede ser eso? -la voz del sabio demostraba bien a las claras la excitación que le embargaba-. ¡Acabamos de descubrir un nuevo satélite de Marte! ¿Sabe lo que significa esto, Zobel? ¡Es la gloria para nosotros!

-Un momento, profesor, un momento -Zobel levantó la mano, como reclamando silencio-. si no me equivoco, desde que se descubrió Marte nunca se habían observado vestigios de un nuevo satélite. ¿Cómo puede ser que ahora, sin previo aviso, se presente uno así... tan de repente?

-Jovencito, sea como sea, el caso es que existe realmente un nuevo satélite de Marte "ahora". Nosotros lo hemos descubierto, y nosotros seremos los primeros que demos la noticia al mundo. Tome nota de la hora exacta y apúntelo en el diario. Yo voy a telefonear al periódico "El mundo astronómico'' para que inserten la noticia en la edición de mañana.

Se dirigió hacia el teléfono, dejando perplejo a su ayudante. Cuando

ya iba a descolgar el auricular, Zobel le preguntó:

-Profesor... ¿y si fuera una ilusión óptica?

Martín se detuvo, a medio camino de descebar el teléfono. Con la emoción del momento, había olvidado completamente hacer las oportunas comprobaciones. Podía tratarse de una ilusión óptica. Incluso podía ser un defecto del nuevo telescopio atómico, apenas probado en la práctica. Zobel continuó:

-En mi ligero examen, he podido observar que este nuevo satélite de Marte (llamémoslo así por ahora) tiene un extraordinario parecido con la Luna. Podría tratarse de una reflexión del telescopio. Si no me equivoco, en estos momentos la Luna ocupa un lugar cercano a Marte.

El profesor Martín se rascó pensativamente la coronilla. Aquélla era una explicación plausible. Si la imagen de la Luna era captada por el telescopio atómico, ésta se vería cubriendo parte de Marte. Luego podía ser verdad lo que decía su ayudante. Volvió a acercarse al telescopio y ordenó:

-Reduzca los aumentos.

Zobel se dirigió al cuadro de mandos del poderoso instrumento y apretó un botón. Como por ensalmo, la imagen se empequeñeció y Marte apareció en su totalidad, rodeado de un cielo tachonado de estrellas. A su izquierda, casi de su mismo tamaño y cubriéndolo parcialmente, se podía divisar aquel astro que tan repentinamente había aparecido. Tenía razón Zobel. Pero era imposible que aquel satélite fuera la Luna, a pesar de su extremo parecido. ¿Cómo podía aparecer la imagen lunar allí, en unas dimensiones tan pequeñas respecto a las normales teniendo en cuenta la distancia? Ni siquiera se podía pensar en una superposición de imanen. Apartó la vista del ocular y lanzó un lacónico:

-Todavía está allí.

Cedió el sitio a su ayudante, mientras se limpiaba las manos llenas de sudor. La excitación le hacía tiritar y su pulso, de ordinario firme y seguro, le temblaba ahora. Se dirigió hacia el diario del observatorio y lo abrió en la última página escrita, disponiéndose a anotar el descubrimiento. En aquel momento, la puerta de la habitación se abrió, y el portero del edifico apareció en ella.

-¡Profesor, señor Zobel! -su voz, así como sus ademanes, demostraban a las claras la gran excitación que le poseía-. ¡La Luna ha desaparecido! -

señaló hacia el cielo y movió las manos como quien hace desaparecer un objeto-. ¡Se ha esfumado!

Martín quedó quieto, con la pluma a medio camino del papel. Estuvo tentado de preguntar: "¿Qué diablos dices, viejo loco?", pero se contuvo. Lentamente, la verdad se iba abriendo paso en su mente. La repentina aparición de aquel nuevo satélite de Marte, así como su extraordinario parecido con la Luna, le hizo contenerse. Tras unos instantes de vacilación, dejó caer la pluma y se dirigió hacia el telescopio, a buen paso, sin contestar a la muda pregunta del portero.

Su cabeza y la de su ayudante chocaron al intentar mirar a un tiempo por el ocular del aparato.

* * *

Una persona que había depositado toda su fe en la Luna era Ernst Slinder, ingeniero astronáutico y constructor del primer cohete que (esperaba) tenía que llegar a ella. Aquella noche acababa de dar los últimos toques a la nave, y soñaba despierto en el viaje que pronto emprendería...

Ernst Slinder contempló con amorosos ojos la esbelta silueta del cohete que tenía ante sí. Aquélla era su obra. Tras largos años de sueños, proyectos y cálculos, al fin había podido ver realidad su máxima ambición. El "Golden Traum" (Sueño Dorado), como lo había bautizado el propio Ernst, estaba dispuesto para su lanzamiento. Su propósito, teniendo en cuenta que había sido construido por una entidad particular, no podía ser más ambicioso. La conquista de la Luna había sido ya intentada numerosas veces, mas en ninguna de ellas había sido conseguido el objetivo. Pero Slinder tenía la convicción de que él llegaría a triunfar. Los adelantos deque iba provista la astronave, así como su moderno sistema de propulsión, la hacían capaz de llegar a los más apartados lugares en un tiempo inverosímil. Su sistema de protección, a base de ondas magnéticas y electrónicas, la hacían totalmente inmune a los meteoritos... en teoría. La realidad ero que todavía no había sido probada, y tanto podía llegar a ser un triunfo rotundo, como fallar en los primeros momentos.

Pero Ernst Slinder no pensaba en ello ahora. Sabía que "SU" astronave no podía fallar, y no se preocupaba de lo que se dijera. Cierto que los periódicos lo habían tachado de loco y habían escrito que su proyecto era irrealizable pero, ¡qué sabían aquellos chupatintas de ingeniería astronáutica!

Sacó un cigarrillo de su bolsillo, y lo encendió con mano firme. Mientras lanzaba el humo hacia la proa del cohete, murmuró:

-Tendrás suerte, “pequeñín”.

Ensimismado en la contemplación del cohete, no se dio cuenta de que un hombre se le acercaba por la espalda. Su voz le sacó de su abstracción.

-¿Contemplando “nuestra” obra?

-¡Mi obra!

Ernst se había vuelto en redondo, contemplando con furia el risueño rostro de Aldo Ferzetti, su principal colaborador. El que se adjudicara parte del mérito que solo a él le pertenecía... Claro que le había ayudado mucho en la realización de su tarea... ¡pero el proyecto solamente era suyo!

-Está bien, amigo, no te enfades. Si quieres quedarte todo el mérito de “nuestra” obra, por mí no hay inconveniente -hizo un gesto ambiguo y terminó-. ¡Es todo tuyo!

-¡Buff!

A Slinder le reventaba el carácter de su amigo. Siempre dispuesto a la broma, se tomaba las más dramáticas situaciones a chacota. Ernst recordaba los tiempos que habían estado juntos en la guerra cuando, en las más arriesgadas operaciones nocturnas, Aldo se ponía a bailar tranquilamente en plena línea de fuego. Y si bien no podía soportar el carácter del italiano, no por eso dejaba de apreciarlo sinceramente. Dispares de carácter, totalmente opuestos en gustos, su amistad no se había roto a pesar de los años que hacía que se había iniciado. Aldo no sabría qué hacer sin poder hacer rabiar a Ernst, mientras éste hubiera languidecido sin poder soportar los bromazos de su amigo. Ahora, si Aldo había venido allí a molestarle, algún plan tendría. Slinder se dijo que tenía que averiguarlo.

-¿Qué diablos coronados te trae por aquí? -le preguntó mientras se apoyaba melancólicamente en la metálica pared del barracón-. ¿Sobre qué deseas molestar?

Aldo se encogió indolentemente de hombros y rebuscó un cigarrillo en el bolsillo de Ernst. Cuando lo encontró, lo encendió parsimoniosamente mientras preguntaba:

-No es que desee nada en particular, pero... quisiera hacerte una pregunta: ¿Hacia dónde nos dirigiremos con “tu” armatoste?

Soportó tranquilamente la sorprendida mirada de Ernst y se encogió

de hombros, como queriendo decir: “¿es acaso una pregunta tonta?”

-Sabes perfectamente cual es el objetivo que me propongo. Ir a la Luna.

-¡Ajá! -Aldo se dio una palmada en el muslo, riendo a carcajada limpia-. De modo que deseas ir a la Luna, ¿verdad? Y dime... -dejó unos momentos la frase en suspenso, para acaparar más la atención de su amigo, y terminó- ¿ya sabes dónde está la Luna?

Durante el silencio que siguió, Aldo estuvo completamente callado. Miraba a Slinder, y éste vio que no era todo broma lo que le decía el italiano. Se dijo que si quería saber cual era el verdadero propósito de su amigo al ir allí, lo mejor sería seguirle la corriente. Hizo como si pensara mucho, y respondió:

-Pues mira, te diré... Se sube todo recto; después se tuerce a la izquierda; después, otra vez a la derecha y le das de manos a boca con la sonrisa de la Gioconda del Espacio. ¿Correcto?

-No, al contrario. Si haces esto, te darás de narices contra la estrella más próxima. Amigo mío -le puso una mano en el hombro-, con un guía como tú no esperes ir a ninguna parte.

-En resumen, Aldo -Ernst se puso repentinamente serio- ¿a qué has venido aquí?

-Pues... -el italiano se encogió de hombros, como queriendo decir “a mí no me culpes de nada”- simplemente, a decirte que, por ahora, no iremos a la Luna.

-¿Que no iremos a la Luna? -Ernst frunció el ceño, arrojando lejos la colilla apagada de su cigarrillo-. ¿Puede saberse porqué no podremos ir a la Luna? ¿Quién demonios lo ha prohibido?

-Nadie, amigo. Nadie lo ha prohibido. Simplemente, que la Luna se ha ido. Se ha aburrido de contemplar las tonterías que hacíamos los terrestres y se ha largado.

Y como si acabara de notificar el tiempo que hacía se alejó silbando, dejando a sus espaldas un Ernst perplejo que no había acabado de asimilar la idea de que lo dicho por Aldo era la realidad llana y simple.

CAPÍTULO II

Conferencia internacional

En el gran edificio internacional del S.N.M. (Sede de las Naciones Mundiales) recientemente construido en las inmediaciones de Berlín, una gran representación de todos los periodistas del mundo agitaba la marea de sus figuras en torno a la gran puerta de acceso, completamente cerrada. En todos los idiomas resonaban maldiciones, juramentos, exclamaciones y protestas. Porque el caso no era para menos. La primera asamblea de aquella organización, recientemente instituida, era a puertas cerradas y ningún periodista había logrado entrar. Más de diez mil personas, todas ellas científicos y políticos de todo el mundo, se encontraban reunidas en el más gigantesco salón de conferencias construido hasta entonces, celebrando la más transcendental de los últimos tiempos: la resolución del caso de la desaparición de la Luna. Y entre las diez mil personas asistentes, ni un solo periodista, ni siquiera un fotógrafo había podido escabullirse. Todos ellos, agolpados a la entrada, renegaban de su perra suerte, pensando en la bronca que les echaría el director de sus respectivos periódicos a su regreso con las manos vacías... y las cuartillas en blanco. Solamente les consolaba el pensar que ningún periodista, ni uno solo, podría pisarles la noticia. Aunque esto no era demasiado consuelo para nadie.

Y mientras esto sucedía en el exterior, dentro del edificio, en el gran salón de conferencias, diez mil personas se sentaban silenciosamente para oír las palabras que pronunciaría Amos Jugert, actual presidente de la S.N.M.

-Señores presentes, queridos colegas, os doy las gracias por haber asistido a esta gran asamblea, la primera que celebra la S.N.M. desde su fundación. El problema que vamos a tratar en esta sesión inaugural es muy grave, y espero que al término de esta asamblea hayamos encontrado si no una solución, al menos una explicación lógica de los hechos que han motivado el fenómeno que todos conocemos: el traslado de nuestro satélite desde su órbita habitual hasta los alrededores de Marte, del cual ha quedado como actual satélite. Ruego, ante todo, que oigamos al célebre profesor Henry Martín, quien nos dará una información completa y verídica de lo sucedido.

Jugert se sentó mientras el profesor Martín, sentado a su lado, se levantaba y se colocaba frente al micrófono. Empezó a hablar, con voz reposada y tranquila, como si estuviera exponiendo una tesis frente a los

alumnos de una universidad.

-Señores, antes de formar ninguna teoría, vamos a tratar los hechos bajo el punto de vista puramente científico, sin aventurarnos a posibles deducciones. Luego, ya veremos las posibles teorías que se pueden sacar de ellos. De momento vamos a los hechos concretos.

Se detuvo unos momentos, consultando unos papeles, y continuó:

-El pasado día veintitrés, o sea, hace tres días, me encontraba yo observando Marte desde Monte Palomar cuando vi como un rayo de luz que pasaba por el objetivo del telescopio, y que la imagen del planeta quedaba oculta por un nuevo astro, que al principio no dudé se trataba de un nuevo satélite. Eran en aquellos momentos -consultó sus apuntes- las tres horas, dieciséis minutos de la madrugada

»Este mismo día, pero algún tiempo antes, mi colega Werter Milred, del nuevo observatorio de Arizona -señaló hacia un asiento en el que estaba ventado un hombre ya viejo, de tez cetrina-, estaba observando la Luna con el nuevo telescopio atómico, del cual también está provisto aquel observatorio. Eran exactamente la una y dieciséis minutos, cuando un rayo de luz surcó el objetivo, y la Luna, que estaba enfocada en el centro del ocular, desapareció por completo. Naturalmente, tamo él como yo pensamos al principio que se trataba de un error del telescopio atómico que, como ustedes saben, apenas ha sido probado en la práctica. Pero las observaciones hechas posteriormente por otros telescopios normales demuestran a las claras que no hay error posible. La Luna, nuestro inseparable compañero de firmamento, nos ha abandonado, y ha pasado a depender de Marte.

Se hizo un silencio, durante el cual, el profesor Martín engulló una buena cantidad de agua. Luego, reanudó su disertación:

-Tomemos ahora los hechos concretos, y saquemos las deducciones lógicas. El profesor Milred -volvió a señalar al individuo cetrino- vio desaparecer a la Luna de su órbita a la una y dieciséis minutos. Yo la vi aparecer al lado de Marte a las tres y dieciséis minutos. Luego la Luna tardó en ir desde su órbita a la de Marte exactamente dos horas. Todo el mundo reconocerá conmigo que es imposible que un planeta recorra la distancia que separa la Tierra de Marte en este tiempo... Y esto es todo.

Terminó así bruscamente su discurso, y paseó su mirada por la nutrida multitud. Hecho esto, se sentó, como si la perorata le hubiera deshinchado.

Jugert volvió a tomar la palabra:

-Hemos oído ya la versión científica de los hechos. Ahora vamos a ver las diversas teorías que han expuesto los más renombrados científicos del mundo entero, intentando explicar las causas de este extraño comportamiento del que fue hasta ahora nuestro satélite. Primeramente vamos a oír la teoría que ha expuesto nuestro eminente...

A partir de entonces, por el estrado pasaron los más diversos científicos, exponiendo cada uno su opinión, que era apoyada o rebatida por el resto de la asamblea. Aunque las teorías expuestas fueron de lo más dispar, todas ellas chocaban con el mismo escollo. La imposibilidad material de que cualquier fuerza de la naturaleza, por más poderosa que fuera, hubiera podido llevar la enorme masa lunar desde la Tierra a Marte en tan poco espacio de tiempo. Parecía que nadie iba a lograr descifrar el misterio, cuando una persona, situada casi en la última fila de asistentes, se levantó y bajó reposadamente desde su sitio, hasta detenerse frente al estrado central, en el que se encontraba sentado Jugert.

-Con la venia de todos ustedes -dijo, como si estuviera ante un tribunal -quisiera exponer mi teoría.

Y sin esperar contestación, subió al estrado dedicado especialmente a los que hasta entonces habían hablado. Cuando ya estaba arriba, le llegó la contestación de Jugert:

-Con mucho gusto.

El secretario de la asamblea, situado al lado del estrado, se acercó al desconocido preguntándole algo. Luego, se acercó al micrófono y dijo:

-Y ahora el profesor Franco Tronelli va a exponer su teoría.

Un murmullo general de descontento se levantó de la sala, seguido de varios silbidos. El profesor Franco Tronelli, un científico sin pena ni gloria, había expuesto, hacía tiempo, varias teorías sobre la formación de los astros, a cual más disparatada. La academia de astronomía, ante esto, tuvo que condenarlas, retirando de la circulación los ejemplares en los que se había impreso dichas teorías. El profesor Tronelli había sido fuertemente censurado por la asociación, y todos los periódicos comentaron muy desfavorablemente sobre él. Desde entonces, Tronelli había desaparecido completamente del campo científico... hasta ahora, que aparecía con el ánimo de exponer su teoría, seguramente tanto o más disparatada que las anteriores. Varias voces

gritaron:

-¡Fuera, que lo echen!

Jugert tuvo que imponer silencio, recordando que cualquier persona podía exponer sus opiniones. Dicho esto, cedió la palabra al profesor. Éste se caló unos diminutos lentes y se dispuso a principiar. No traía ningún apunte, y al hablar miraba rectamente a un punto indefinido de la sala.

-Señores, estimados "amigos" míos -recalcó la palabra "amigos" con una mordacidad censurable-: Al subir yo a este estrado he escuchado varias protestas, sin duda motivadas por unes acontecimiento« sucedidos hace tiempo. No quiero hablar de ello, pero me veo en la obligación de advertirles previamente de algo sobre la teoría que voy a exponer. Todos los que han hablado antes que yo, han expuesto sus tesis basándose en hechos comprobados en la práctica en el firmamento. La teoría que yo voy a exponer no está basada en ningún hecho concreto, sino en la lógica. Aunque a ustedes les parezca imposible, tengan en cuenta de que todo ello es lógico y, si son un poco sinceros con ustedes mismos, reconocerán que nada pueden objetar. Y una vez advertido esto, voy a principiar.

Hizo una seña al ujier para que le cambiara la botella de agua, y se llenó un buen vaso que bebió de un solo sorbo. Luego, principió:

-Señores, hasta ahora se han expuesto muchas teorías, pero ninguna de ellas ha logrado resolver en su totalidad el enigma que envuelve el repentino traslado de la Luna. De las teorías expuestas hasta ahora, ninguna ha sabido amoldarse a la naturaleza del fenómeno. La mía, en cambio, resuelve todos los aspectos de la cuestión En pocas palabras, es ésta. La Luna, al igual que la Tierra y todos los demás planetas, es un ser vivo.

Como si quisiera causar un golpe de efecto, después de esta afirmación permaneció silencioso dejando que en todas las mentes penetrara la idea que acababa de exponer. Después de un minuto de silencio, en el que pareció que había conseguido su propósito, una tempestad de protestas e imprecaciones se levantó del auditorio, sin que pareciesen causar ninguna mella en el ánimo de Tronelli. Éste, en vez de mostrarse irritado, o bien furioso, sonrió tranquilament, como si todo aquello le divirtiera. Lejos de hacer ningún esfuerzo para calmar la tempestad, dejó tranquilamente que ésta se amainara por sí sola, cosa que consiguió a los pocos momentos. Todos se callaron, como sorprendidos de la pasividad del orador, y poco después

renacía el silencio. Éste fue el momento que aprovechó Tronelli para continuar su discurso, complaciéndose en zaherir a los que poco antes habían demostrado su disconformidad.

-Acabo de oír hace poco "algunas" protestas, y los que las han originado no son más que hombres aferrados a los antiguos métodos de investigación, que confían más en sus máquinas calculadoras y sus cerebros electrónicos que en sus mentes. ¿Por qué no discurren un poco en vez de pegarse a las faldas de sus tradiciones?

Volvió a callar, como si esperara oír nuevas protestas, pero se equivocó. Un silencio sepulcral acogió sus palabras, y esto lo envalentonó a seguir:

-He dicho que la Luna, así como la Tierra y los demás planetas, son seres vivos y, naturalmente, me veo en la obligación de demostrarlo. Por lo tanto, voy a empezar. Ante todo y a título de orientación, díganme: ¿qué es un ser vivo?

Esperó unos minutos y, al ver que nadie contestaba, lo hizo él mismo:

-Según se entiende comúnmente, ser vivo es aquello que demuestra poseer una energía interior latente, o sea, una fuerza interna. Impropiamente se aplica esta cualidad solamente a los seres orgánicos, quizá porque ellos son los únicos que han demostrado patentemente poseerla. Pero yo pregunto ahora: ¿acaso la Tierra, o la Luna, o cualquier otro planeta, no tienen esta energía interna, esta cualidad que demuestra que son seres vivos? ¿Qué son los volcanes, los seísmos, las mareas, las erupciones, sino demostraciones palpables de su vitalidad, de su cualidad de seres vivos?

»Podríamos comparar sin esforzarnos mucho la Tierra con un hombre: tiene órganos, o partes: la endosfera, la ionosfera, la pirosfera... todo esto son a modo de órganos que el hombre ha descubierto, pero que no ha sabido comprender. La hierba que crece en la tierra, los árboles y las plantas son como los cabellos y los pelos del hombre. Las montañas y los valles, los distintos apéndices y cavidades del cuerpo humano. Las grietas, las hendiduras, la boca, las fosas nasales... Nosotros y los animales, con relación a la Tierra, no somos más que meros parásitos suyos; seres que, como la sarna y los piojos, pongo por ejemplo, vivimos a expensas de ella...

»Y ahora, después de pensar eso, contéstenme: ¿qué diferencia hay entre nosotros y la Tierra?

Permaneció unos momentos silencioso, esperando que alguien alzara una protesta. Mientras, tomó la botella del agua y se llenó otro vaso, que siguió el camino del anterior. Después de aquel torrente de palabras, que le habían cortado casi la respiración, necesitaba un descanso, que se tomó tranquilamente sin que nadie pusiera el menor reparo. Al fin, y defraudado al ver que nadie protestaba, inquirió:

-¿Reconocen ahora que tengo razón?

-¡No! -la voz surgió de entre la multitud, pero no dijo por qué no estaba conforme.

Tronelli sonrió, con aquella cargante sonrisa que le caracterizaba, y contestó como si hubiera adivinado los pensamientos de aquellos hombres.

-Sé lo que ustedes se están imaginando, y he de decirles que están equivocados. Ustedes creen que si yo he venido aquí, a este estrado, ha sido con el afán de exponer una teoría más o menos convencional, y granjearme la estima que perdí hace tiempo. No. Si yo he venido aquí, ha sido con la intención de darles a conocer la "verdadera" teoría sobre la marcha de la luna. No es que la hayan robado, como han pretendido algunos, ni es que desconocidas fuerzas de la naturaleza se la hayan llevado. La Luna se ha ido por su propia iniciativa, y ahora voy a demostrárselo, tomando como base el que la Luna es un ser vivo.

Dirigió una mirada en derredor, mostrando sus dientes en una sonrisa lobuna. Continuó:

-Ustedes piensan que los planetas, si fueran seres vivos, no seguirían normas fijas e inviolables como siguen, sino que circularían por el espacio a su libre albedrío. Nada más equivocado que la realidad. En esto fijo yo mi teoría sobre la Luna y su extraño comportamiento, y espero que dentro de poco ustedes también estén de acuerdo con ello.

Esta vez no esperó por si alguien le interrumpía, sino que siguió, apenas recuperado el aliento:

-Ante todo, veamos el comportamiento de las plantas. Están fijas en el suelo, y están sujetas a un ciclo de evolución. Absorben la luz por el día, y permanecen inmóviles por la noche. Algunas de ellas abren sus flores al recibir la luz del sol, y las cierran cuando ésta se apaga. Bien, ¿han visto ustedes hacer algo diferente de esto a alguna planta? ¿Han visto a un geranio caminar, o a una rosa cerrar sus pétalos al recibir la luz del sol? ¡No! Las

plantas siguen leyes fijas, inviolables, leyes que les ha dictado la naturaleza. Y no por ello dejan de ser seres vivos. ¿Y los planetas? ¿Acaso no siguen leyes fijas dictadas por la naturaleza al igual que las plantas? Ergo, son seres vivos.

»Y ahora llegamos al punto culminante de la demostración: ¿por qué este extraño comportamiento de la Luna? Sólo hay una explicación. Las plantas, los animales, el hombre mismo, están fijos a leyes inviolables. La muerte, la perpetuación de la especie, la emigración según las temporadas, etc., son leyes que rigen para los animales. Fijémonos en un ejemplo. Las golondrinas, pongamos por caso, llegan cada año, en una fecha determinada, a la misión de Capistrano, en América. A pesar de los años transcurridos, cada doce meses, y a una fecha determinada, las golondrinas vuelven allí. Es una ley fija de la naturaleza. Sin embargo, no es de extrañar que alguna de ellas no quiera seguir a las demás, y se detenga en algún otro lugar del camino. Con la Luna ha pasado lo mismo, aunque en mayores proporciones. Todos los planetas siguen las leyes de órbita, trayectoria, velocidad, etc., y, en cambio, la Luna no ha seguido estas reglas. ¿Por qué? Pues sencillamente, al igual que las golondrinas, hay alguna que se desvía en el camino. Y la Luna se ha cansado de ver a la Tierra, y se ha ido a Marte. En resumen, que la Luna nos ha salido “rana”. Y esto es todo.

Y como si hubiera terminado su disertación, hizo ademán de bajar del estrado. En realidad, su intención era muy distinta a esta. Sabía que alguien le detendría para preguntarle algo, o para oponerse a su teoría. Por este motivo, solamente había dado las explicaciones más elementales, dejando el resto al criterio de sus oyentes. Sabía que así, cuando uno se levantara a preguntar, otros muchos le seguirían, y lentamente todos se irían inclinando hacia su teoría. Y no se equivocó. Apenas había descendido un peldaño, cuando una voz le detuvo:

-¡Un momento! -se trataba de un hombre de pelo canijo, situado en la tercera fila-. Personalmente no estoy en desacuerdo con su teoría, mientras no se demuestre lo contrario. Sin embargo, encuentro algunos puntos oscuros. Por ejemplo, ¿cómo explica usted la extraordinaria velocidad desarrollada por la Luna?

Tronelli, con una sardónica sonrisa en el rostro, volvió a subir al estrado. Había vencido. Condescendiente, como quien explica una lección a un retrógrado alumno, contestó:

-Los planetas, en sus trayectorias por el espacio, desarrollan muy diversas velocidades. Aunque un mismo planeta lleve siempre la misma velocidad de trayectoria, ¿quién dice que no pueda desarrollar velocidades superiores?

Cuando aquel hombre, satisfecho, se sentó, otro asistente se levantó formulando otra pregunta, que fue contestada tranquilamente por Tronelli. Así, una tras otra, las preguntas se fueron sucediendo con rapidez. Pero ninguna tuvo la virtud de hacer vacilar al profesor. Parecía como si se hubiera preparado todos los pros y los contras, y sabía dar contestación lógica a cada una le las cuestiones formuladas. Cierto que no podía afirmarse que la teoría expuesta por Tronelli fuera cierta, pero nada había que demostrara lo contrario y, hasta entonces, nada podía decirse para rechazarla. Por ahora era la única factible y, a medida que Tronelli iba resolviendo todas las cuestiones, todo el mundo se convencía más de la posibilidad de aquel postulado.

Casi tres horas duró el interrogatorio, que fue soportado por Tronelli sin abandonar su perenne sonrisa. Como única demostración de lo pesado de aquella misión, quedaron sobre la mesa cinco botellas de agua completamente vacías. Cuando terminó el aluvión de preguntas, Tronelli, muy digno, se retiró a su sitio, entre los aplausos de algunos entusiastas, convencidos totalmente de la veracidad de su teoría. Otros, la mayoría, aunque no terminaban de aceptar en su totalidad la tesis, no por ello dejaban de reconocer que era la única capaz de responder a todas las cuestiones, y, muy a pesar suyo, tenían que adoptarla.

Jugert, tomando de nuevo las riendas de la asamblea, volvió a levantarse:

-Señores -tomó la palabra-, han oído la teoría del profesor Franco Tronelli, la cual, ustedes mismos lo han demostrado, es la más acertada por el momento. Ahora llega el momento crucial de esta conferencia. Hay que tomar una decisión. No soy científico, y por lo tanto no sé las soluciones que científicamente puede tener este problema. Sin embargo, a mi parecer sólo hay cuatro soluciones: Primera, dejar las cosas tal como están y seguir la marcha normal del tiempo sin hacer nada. Segunda, investigar mediante observatorios el curso de los acontecimientos, esperando algún nuevo signo de actividad lunar para tomar nuevas resoluciones. Tercera, llegar hasta la Luna e investigar en ella, para lo cual tenemos la nave del ingeniero Slinder.

Y cuarta, hacer una encuesta general para saber la opinión del público, y que ella decida.

»Tienen ustedes en sus mesas un papel en blanco, en el que anotarán su parecer. Si alguien tiene alguna idea mejor que la mía, expóngala y será leída en público para recibir o no su aprobación. He dicho.

Con dignidad, se sentó de nuevo mientras todo el mundo se inclinaba sobre sus mesas. Poco después, Jugert tenía sobre su mesa el resultado de la votación: cinco mil setecientos cuarenta y dos componentes votaron por ir a la Luna. Mil ciento doce, por esperar y seguir como si nada hubiera pasado Las otras dos soluciones apenas merecieron cien votos cada una.

De soluciones nuevas, descontando los que se habían abstenido de votar, sólo había dos: una de ellas, que había merecido más de dos mil votos, era hacer una investigación en todos los gobiernos del mundo, para hallar si alguna potencia había planeado el acto. Sus autores, naturalmente, eran todos políticos. La otra decía lacónicamente: “hay que matar a la Luna”, y su autor...

Bueno, todo el mundo adivinó en ella la mano del profesor Tronelli.

CAPÍTULO III

Un viaje a la Luna

-¡Está loco si cree que voy a entregarles el “Golden Traum”, así por las buenas!

Amos Jugert, sentado frente a Slinder, tamborileó nerviosamente sobre la mesa. Le desagradaba la misión que le habían encomendado, y más la dificultad de salir con bien de ella. Si lograba llevarla a buen término se granjearía la antipatía de Slinder, y éste tenía muy buenas relaciones. Si, por el contrario, no conseguía su propósito, su carrera diplomática tendría una brusca interrupción.

-Créame que yo soy el primero en lamentar esta situación, Slinder. Pero el bien común de toda la Turra está en peligro, y es necesario el concurso de su astronave para conjurarlo.

Slinder estuvo a punto de lanzar una fuerte carcajada, dándose un fuerte palmetazo en la pierna. ¡Aquello sí que tenía gracia!

-¡Vamos, hombre! ¿Desde cuándo el que la Luna se haya sentido caprichosa y se haya largado, amenaza el bien común de la Tierra? ¿No será acaso -le miró inquisidoramente- que los científicos se sienten envidiosos de mí y desean llevarse toda la gloria? ¡Puede estar seguro de que no dejare mi astronave en sus manos! ¿Comprenden?

Jugert lanzó un resignado suspiro y se levantó, rebuscando algo en sus bolsillos. Era algo que no tenía mucho valor pero que, en última instancia, quizá pudiera servir. Sacó un papel doblado, lleno de sellos y firmas por todas partes, que evidenciaba aun a diez kilómetros de distancia su origen oficial.

-Lea este papel, Slinder. Por él, el gobierno alemán le obliga a ceder la astronave a la S.N.M., claro que con amplias concesiones.

Ernst tomó el papel, leyéndolo rápidamente. Lo dejó después sobre la mesa, de donde fue recogido por Aldo Ferzetti, que hasta entonces se había mantenido indolentemente silencioso. Lo leyó detenidamente y, al concluir, exclamó divertido:

-¡Je!, te dan amplias concesiones, Ernst. -se quedó mirando el papel, y comentó en tono de sorna-: De todos modos, no puede negarse que es un papel oficial. Incluso lleva una póliza de cinco marcos.

Formó una bola con el documento, y lo lanzó cuidadosamente contra la cabeza de Jugert, donde fue a estrellarse.

-Esto es lo que hacemos con todos "sus" papeles oficiales, Jugert.

Pero éste no se irritó. Se notaba a la primera que se hallaba incómodo, nervioso. Retorciéndose las manos, intentó una vez más convencer a los dos hombres, aun a sabiendas de que era casi inútil.

-Señor Slinder, comprendo que usted no quiera hacer lo que se le ordena, pero quisiera hacerle ver que una negativa no le reportará ningún beneficio. Al fin y al cabo, el viaje hasta la Luna lo harán ustedes personalmente. Nosotros sólo deseamos...

-¡Casi nada! -le interrumpió Aldo-. Que llevemos con nosotros unos cuantos científicos medio chiflados, para que ellos nos den "las instrucciones oportunas". ¿Encuentra usted normal esto, señor Jugert?

-No, señores, pero yo... solamente cumplo órdenes. Soy, como se dice vulgarmente, "un mandado" sin voz ni voto. Por eso quiero hacerles ver que no lograrán nada encerrándose en una negativa.

-¿Tiene miedo de que le falle su misión... diplomática? -cortó Ernst, zumbón.

-No -Jugert no se afectó por la pulla-, tengo miedo de que su negativa traiga consecuencias.

Tornó su sombrero y su gabán del respaldo de una silla y se dirigió hacia la puerta, mientras decía:

-Les dejo todo el día para que mediten sobre ello. Mañana vendré a buscar su contestación, que espero será afirmativa. Buenos días.

Cerró suavemente la puerta tras de sí. Aldo, irritado, dio una patada a la bola que formaba el documento en el suelo, que fue a estrellarse contra la puerta. Se volvió hacia Slinder y, al advertir la mirada de éste, se encogió de hombros en ademán de excusa.

-Lo siento, Ernst, pero yo no tengo la culpa de nada. No me mires así.

Slinder se levantó de su asiento, paseando nerviosamente por la habitación. De pronto se detuvo, y se encaró con Aldo.

-¿Qué ganaremos si persistimos en nuestra posición, Aldo?

Ferzetti no contestó, y Ernst volvió a pasearse nerviosamente por la habitación, mientras en su interior se desarrollaba una débil lucha. Débil porque uno de los dos bandos tenía la victoria asegurada desde hacía tiempo...

* * *

En el amplio hangar que guarecía a la astronave, se encontraban

reunidas más de veinte personas. Ernst Slinder, apoyado en una de las paredes del barracón, fumaba silenciosamente un cigarrillo. Amos Jugert, a pocos pasos de él, se encaminó hacia allí.

-Ahí está la lista de personas que vendrán con ustedes -le entregó un papel-, con los principales promotores de este viaje, así como los científicos que expusieron sus teorías en la asamblea de hace una semana.

-¿Todos?

-¡Oh, no, naturalmente! Solamente hemos seleccionado a tres. El profesor Tronelli, que nos dio la versión más acertada de lo sucedido, el profesor Martín, que fue el primero en avistar el fenómeno, y el profesor Anta, que expuso la teoría más plausible después de Tronelli. También vienen dos políticos, los generales Huguert y Clochard, y una dotación de diez soldados.

-Sí, todo un equipo de rugby. ¡A jugar a la pelota! -arrojó violentamente la colilla del cigarrillo-. Por cierto... ¿No cree que la Luna es una pelota muy grande para jugar con ella esos caballeros? Si les da en la cara los va a dejar convertidos en oblea.

Y sin esperar contestación se dirigió hacia la nave, seguido por Jugert. Al darse cuenta de ello, se paró y le dijo:

-Voy a revisar los motores de la nave. Será mejor que no venga, o se va a ensuciar este traje tan mono que lleva.

Y lo dejó plantado en medio del hangar, mientras se alejaba a mesurado paso. Uno de los soldados que montaban guardia se acercó entonces al diplomático, susurrándole algo al oído. Éste asintió con la cabeza, y los dos se dirigieron hacia la salida.

Poco después, cuando Ernst Slinder descendía de nuevo de la estructura del cohete, se encontró esperándole abajo a Jugert, acompañado de otra persona.

-Señor Slinder, este caballero desea hablar con usted. Es el señor Helmut Kraun.

-¡Vaya!-exclamó Ernst-. ¡Si se trata del multimillonario Kraun!

-Ex-multimillonario, señor Slinder, ex.

-¡Vaya! ¿Y qué le pasó para que sufriera esta desgracia? -el tono de Slinder no podía ser más mordaz, aunque el otro no pareció advertirlo.

Esto lo quisiera hablar con usted a solas, señor. Si me permite...

Se alejaron unos pasos de Jugert, empezando a hablar:

-...y tres días después una enorme tempestad destruía todas las obras e instalaciones del puente sobre el Mediterráneo. Una coincidencia, se dirá usted, pero yo estoy seguro que se trató de la Luna. Siempre me había dado suerte, y un día que me decido a arriesgarlo todo, alguien me la roba. ¡Porque alguien la ha robado, estoy seguro! Por esto quiero venir con ustedes, señor Slinder; quiero castigar al miserable que ha causado mi ruina, ¿comprende? Me dejará venir con ustedes, ¿verdad?

-Pues... -Ernst se encogió filosóficamente de hombros, acercándose hacia Jugert, a quien expuso el caso- yo no tengo autoridad ninguna sobre la organización de esta expedición, señor Kraun. Aquí, quienes mandan son los... “diplomáticos”.

Jugert, como buen diplomático que era, no se molestó por las continuas alusiones de Ernst. Tranquilamente, se dirigió hacia un grupo cercano, del que regresó junto con un hombre calvo que calzaba enormes lentes.

-Permítanme que me presente -les dijo el calvo-. Soy el profesor Rogelio Anta. Efectivamente, señor Kraun, sus teorías son idénticas a las conclusiones a las que he llegado yo. Prácticamente, no tengo inconveniente en que venga con nosotros, siempre que los demás no tengan nada que oponer Es más, le presentaré como mi ayudante y colaborador. Está solucionado todo, ¿verdad *herr* Slinder?

-A mí no me pregunte, profe -le respondió éste-. Yo aquí no pinto nada. Total, solo he construido la astronave. Lo que se dice absolutamente nada.

Y se alejó a grandes zancadas, con el pretexto de ir a revisar los motores.

* * *

-Vamos a ver, señores, pasemos lista a la concurrencia -Ernst, sentado con los demás tripulantes de la astronave en el espacioso comedor de la misma, observaba los rostros que tenía ante sí-. Aparte de Aldo y yo, están: el profesor Tronelli, el ídem Anta, y el ídem de ídem Martín. Por el lado de los políticos los señores (no, perdón, quise decir excelencias) Huguert y Clochard. Después el ex-multimillonario Kraun. Además, diez soldados, que valen por cincuenta de ustedes. Total, la lista completa, dieciocho personas.

¿Ninguno de ustedes se trae a su perrito? No, ya lo veo. Entonces, podemos partir. Espero que no chillen mucho, aunque se asusten. Me molestan los ruidos cuando trabajo.

Tomó un papel de sobre la mesa y se fue, dejando a los demás con un palmo de narices. El general Huguert comentó:

-No parece muy atento este tal Slinder, ¿verdad?

-Ni es necesario que lo sea -respondió Kraun, con más fuerza que la usual-, al fin y al cabo, él manda aquí, y no me extrañaría que llevara a alguien de ustedes a la pasarela. Es un hombre de cuerpo entero.

Todos los demás asintieron, aunque nadie estaba de acuerdo con él.

Mientras, Ernst fue a sentarse al lado de Aldo, frente a los mandos. Conectó el micrófono con el exterior, mientras exclamaba:

-¡Estos condenados politicastros...!

-Veo que te estás volviendo un poco cínico. Ernst -señaló Aldo el micrófono que conectaba toda la red de la astronave-. ¿Será el continuo contacto conmigo lo que te hace parecerte a mí?

-Puede ser...

Se sentó en el sillón del piloto, tomando el micrófono interior.

-¡Atención todos los pasajeros! ¡Sujétense los cinturones de seguridad!

-Pero no vayan a apretar demasiado -interrumpió Aldo, acercado su cabeza al micrófono-, aquí no queremos ahogados.

Ernst colgó el micrófono y tomó otro, que comunicaba con el exterior.

-¡Atención, torre de mando! ¡Esperamos señal para partir!

-¿Todo dispuesto? -les llegó la metálica voz del operador de tierra.

-¡Todo dispuesto!

-Prepárense. Contaré de veinte a cero. ¿Preparados?

-¡*Okey*!

-Bien, suerte.

Transcurrieron unos minutos de silencio, y la voz metálica comenzó a contar:

-Veinte, diecinueve, dieciocho...

Aldo volvió a conectar el micrófono interior, murmurando:

-Escuchad esto, comodones.

Por todos los ámbitos de la nave fueron resonando los números

llegando hasta la cabina donde se encontraban las dieciocho personas, que no las tenían todas consigo.

-Diez, nueve, ocho, siete...

Los "pasajeros", como les había llamado Ernst, se movían nerviosos en sus literas, presos de los más negros presentimientos.

-Seis, cinco, cuatro...

Sin dejar de sonreír, Aldo conectó una pequeña pantalla situada frente a su sillón, mientras Slinder acercaba su mano a un botón rojo situado en primer término del tablero de mandos.

-Tres, dos, uno. ¡CERO!

Ernst oprimió el botón del encendido, mientras Aldo gritaba alegremente por el micrófono:

-¡Allá vamos! ¡Yuuppii!

Y a los demás tripulantes de la astronave, este grito les sonó a entierro.

* * *

Ernst y Aldo se encontraban sentados en la cabina de mandos, frente a una pantalla de televisión que ocupaba la mayor parte de la pared frontal. Allí se veía reflejado con todo detalle el espacio situado frente a ellos. Slinder, señalando con el dedo un punto luminoso, dijo:

-Ahí esta Marte, y a su lado la Luna. Hasta allí llegaremos.

-Bien. Oye, Ernst... ¿no te parece que nuestros huéspedes se encuentran muy cómodos en sus cabinas? Estarían mejor con la gravitación artificial desconectada.

-Es una buena idea -Ernst sonrió divertido-. Al fin y al cabo, estos accidentes suelen pasar en el espacio.

-¡*Okey*, jefe! Vamos allá...

Los tres científicos, junto con los dos generales y Kraun, se encontraban departiendo tranquilamente. En aquellos momentos, Tronelli se dirigía al ex-multimillonario.

-En efecto, mi querido amigo, su ruina fue causada por la Luna. Verá -se inclinó sobre la mesa, y dibujó con el dedo dos esferas-: esto es la Tierra, y esto la Luna. Cada vez que la Luna pasa por un determinado punto, produce una elevación en las aguas, que comúnmente llamamos marea. Ahora bien, si la Luna no está aquí para producir la marea, ésta, naturalmente, no podrá

hacerse por sí sola. Aunque les parezca un poco extraño, las mareas juegan un papel importantísimo en el agua del mar. Cuando la Luna está aquí, por ejemplo -señaló uno de los lados de la esfera mayor-, la Tierra adopta una forma elíptica -la dibujó- cuyos focos son: el lado de la Luna, y el lado opuesto a la misma. Cuando ésta sigue su curso, alrededor de la Tierra, este elipse la sigue, de modo que la Tierra tiene siempre sus aguas formando marea en dos puntos. Allí donde es más baja, y allí donde es más alta. Como he dicho antes, si la Luna no está allí para producirla, las aguas que están en marea ascendente tenderán a volver a su nivel normal, mientras a las que están en marea descendente les pasará lo contrario.

»Ahora bien, el Mediterráneo, cuando la Luna desapareció, se encontraba en marea descendente, y quiso volver a su nivel normal. Pero todos ustedes saben que la única comunicación que tiene con otros mares es por el estrecho de Gibraltar y por el Canal de Suez, los cuales tienen una profundidad mucho menor al resto del mar. Por lo tanto, y en virtud de los vasos comunicantes aunque en mucha más escala, el Mediterráneo tendió a llenarse, lo que produjo serias inundaciones en el peñón de Gibraltar, en el norte de África y en las inmediaciones del Canal de Suez, que quedó totalmente destruido, amén de un serio régimen de tormentas locales que fueron las que motivaron la destrucción total de las obras del puente sobre el Mediterráneo y la ruina de usted.

Kraun iba a contestar, cuando se sintió como si una fuerza lo levantara en vilo llevándolo al centro de la habitación, donde chocó con los demás. Por la red general de micrófonos les llegó la voz de Aldo:

-Lo siento, señores, pero el campo de gravitación artificial de la nave ha sufrido una avería. Tendrán que permanecer así durante unas horas.

-¿Cuántas? -preguntó el general Huguert, boca abajo sobre la mesa.

-Pues no sé. Tanto puede ser una, como doce. El tiempo que tardemos en arreglar la avería. Si ustedes no hubieran venido habríamos llevado personal competente, pero...

Aldo cerró el micrófono, mirando socarronamente a Ernst. Casi al mismo tiempo, los dos prorrumpieron en una carcajada.

Estuvieron casi inedia hora riendo, mientras al otro lado los demás echaban pestes sobre ellos. Para matar el tiempo, ya que no tenía nada más que hacer, Tronelli se dirigió al telescopio de a bordo, dedicándose a

contemplar la Luna. Así transcurrieron unas horas...

Ernst y Aldo se encontraban sentados tranquilamente, cuando la puerta de la cámara de mandos se abrió y la esquelética figura del profesor Tronelli penetró flotando por ella. Venía sonriendo como él solo sabía hacerlo. Se soltó del marco de la puerta, y llegó flotando hasta ellos.

-He venido a advertirles que cambien el rumbo. Debemos ir a Júpiter.

Los dos amigos se quedaron boquiabiertos, contemplando a Tronelli como si estuviera loco. Aldo gruñó:

-¡Oiga, profe! Aceptamos, muy a pesar nuestro, el soportarles a ustedes por compañeros de viaje, pero no estamos dispuestos a ceder a un capricho suyo y largarnos un viajecito a Júpiter para que usted pueda contemplar sus rayas de cebra. Nuestro objetivo es la Luna y allí iremos, aunque usted se ponga a llorar.

-¡Oh, claro! -Tronelli acentuó su cargante sonrisa-. ¡Yo no digo lo contrario! Pero es que la Luna ya no se encuentra al lado de Marte. Hace escasamente dos horas se ha ido a hacer una visita de cumplido a Júpiter, y a contemplar sus “rayas de cebra”.

-¡Qué! -la exclamación surgió a un tiempo de los dos hombres.

¡Oh, no es nada señores! No tiene importancia. Total, un ligero cambio tic rumbo y ¡fsstt! -hizo un gesto con la mano-. ¡A Júpiter!

Realizó un amistoso ademán de despedida, y volvió a irse flotando hasta la puerta.

Cuando ésta se cerró tras sí, Aldo arrojó su gorra contra el suelo, mientras estallaba:

-Encima de hacer un viajecito triple de lo que esperábamos, tenemos que soportar a un profesor chiflado... ¡Perra vida!

Ernst, sin preocuparse de la explosión de su amigo, fue a sentarse tranquilamente ante el cuadro de mandos, y rectificó el rumbo.

CAPÍTULO IV

Una sorpresa en el paisaje

Como una majestuosa flecha, la astronave fue descendiendo lentamente sobre la Luna mientras de sus toberas salían haces de lenguas de fuego. Después de unos momentos, en los que pareció iba a caer de costado, el cohete se estabilizó sobre las tres patas que formaban el tren de aterrizaje y quedó inmóvil.

-Bueno... -Aldo se frotó suavemente las manos, contemplando el paisaje lunar a través de la pantalla de televisión- da gusto sentirse de nuevo sobre el duro suelo.

Hizo un par de flexiones en medio de la cabina para desentumecer los miembros, y se dirigió hacia la puerta de acceso.

-Voy a ver qué hacen los "pasajeros".

Salió al pasillo, y se dirigió hacia la cámara donde se encontraban las literas, abriendo de un tirón la puerta Tuvo que apartarse rápidamente para no recibir en pleno estómago un enorme baúl que intentaban sacar seis soldados conjuntamente.

-¡Eh, amigos! -chilló- ¿dónde lleváis este trasto?

-A tierra -uno de los soldados, luciendo las insignias de cabo, se levantó masajeándose los riñones-; órdenes de los profesores.

-¡Buff! -resopló Aldo, contemplando con ojos desconfiados el enorme bulto-. ¡Ni que fuera un diplodocus! -se rascó la cabeza, pensativo, y agregó mirando al cabo-: oye, amigo. Habrás querido decir "a Luna" y no a Tierra, ¿no?

Le sacó un cigarrillo del bolsillo y se alejó silbando, dejando atrás seis hombres perplejos.

En el comedor de la astronave encontró reunidos a los tres científicos, que discutían acaloradamente entre sí de tal modo, que ni siquiera se dieron cuenta de su presencia.

-¡Eh, amigos, que esto no es el Parlamento de Londres! ¿No les parece que ya tendrán suficiente tiempo para discutir cuando hayan aclarado los motivos de estos traslados lunares?

Nadie le prestó atención y, lanzando un bufido, Aldo dio media vuelta y se dirigió de nuevo a la cabina de mandos.

-Nada nuevo, Ernst -comunicó-. Los soldados sacan enormes baúles

en la cabina, los científicos discuten acaloradamente en el comedor, y los políticos conspiran no sé donde... Oye, ¿quieres decir que estarnos cuerdos, o nos han encerrado en un manicomio?

-No digas tonterías, Aldo -Slinder le tendió un traje de vacío con su correspondiente yelmo, y le ordenó-: Repásalo completamente, no vaya a ser que tenga algún escape,

-Ya; siempre me tocan los peores papelitos. ¿Por qué no me mandas a ver si nuestros queridos huéspedes saben limpiarse las narices sin ayuda?

Y rezongando tornó el traje y lo llevó a un rincón de la cabina. Acoplándolo a una abertura circular de las mismas dimensiones que la correspondiente al yelmo, abrió una espita y el traje se hinchó como una pelota, no acusando ningún escape a las repetidas presiones de Aldo.

Mientras, Ernst se enfundaba el suyo y, llevando el yelmo en la mano, se dirigió al lugar donde se hallaban los científicos.

* * *

Si algún espectador situado en la superficie lunar hubiera podido contemplar la operación de salir de la astronave, hubiera podido decir que había visto uno de los espectáculos más raros e increíbles del mundo.

La Luna, como es sobradamente sabido, tiene una fuerza de gravedad de un sexto de la Tierra, o sea, que lo que pesa aquí sesenta kilos, pesaría allí solamente diez. Esto, que parecería ser una ventaja, puede ser un grave inconveniente para los primeros hombres llegados a la Luna, pues para personas no experimentadas es muy difícil adaptarse a las nuevas condiciones de peso y gravedad.

Esto fue lo que sucedió cuando los veinte hombres intentaron descender a la Luna. La puerta de acceso a la astronave se encontraba casi en la punta, o sea, en la parte superior, y para descender al suelo se tenía que bajar por una escalerilla metálica adosada a la pared de la nave. Esto, que parece ser una de las cosas más fáciles de realizar, se convirtió en una de las experiencias más molestas para los terrestres, ya que para descender un pie de un peldaño a otro, se necesitaba un esfuerzo mucho más considerable y fatigoso a causa de la misma poca gravedad.

Sin embargo, para Ernst y Aldo, que habían estudiado frecuentes veces la macera de descender de la nave al suelo, fue una de las cosas más simplísimas. Abriendo la llave del paso de oxígeno lo suficiente para que el

traje de vacío se hinchara algo, Ernst y Aldo se arrojaron tranquilamente al vacío, cayendo lentamente hasta el suelo como provistos de paracaídas. Sin embargo, no todos tenían la práctica de ellos, y cuando Martín quiso imitarlos, cayó al suelo con tal fuerza que tuvo que ser atendido rápidamente para recuperarse.

El transporte del material de la nave al suelo fue mucho más sencillo. Se habían dispuesto ya bolsas de plástico especiales que, una vez llenas de aire, fueron sujetas a los bultos, sirviéndoles de paracaídas improvisados.

De este modo, poco después, los veinte tripulantes de la astronave terrestre pisaban por primera vez en la historia el suelo lunar.

Apenas puesto el pie al suelo, se dispuso la construcción de una vivienda metálica prefabricada estanca, la cual les serviría para cobijarse sin tener que acudir cada vez a la nave. Mientras los diez soldados, bajo la dirección de Aldo, empezaban el montaje de la vivienda, Ernst decidió que lo mejor sería hacer una exploración por los alrededores, para darse cuenta con todo detalle del lugar donde habían alunizado.

Para tal fin, escogió a Tronelli, Huguert y Clochard para que le acompañaran y, tomando un par de fusiles como medida de precaución, se dirigió hacia la salida del cráter donde habían tomado “luna”.

Se encontraban, según pudo apreciar Ernst después de una corta exploración, en un cráter de pequeño diámetro, pero de altas paredes, que servía a las mil maravillas para ocultar la astronave. El cráter tenía una salida natural por un profundo farallón que llegaba casi al nivel del suelo, acceso que quedaba disimulado desde el exterior por una serie de pequeñas colinas que formaban un a modo de laberinto inaccesible para quien no hubiera recorrido el camino antes. Fuera de esta serie de colinas, y en toda la extensión que abarcaba la vista, una inmensa llanura, apenas turbada por algunos pequeños montones de rocas, ofrecía a la vista la enorme extensión de su tierra estéril, todo rocas y polvo. Tan sólo a lo lejos se podía divisar un enorme cráter, de más de quinientos metros de altura.

Empezaron a andar por la llanura, ante el asombro de los dos generales al ver que podían dar pasos de más de tres metros de longitud sin el menor esfuerzo. Sorprendidos, empezaren a gesticular entre sí, y Ernst les indicó por señas que conectaran la micro-radio que llevaban adosada al cinto del traje.

-¡Esto parece un cuento de hadas! -estaba diciendo en aquellos momentos Huguert, como una ametralladora-. ¡Fíjese, Clochard, qué salto voy a dar! ¡Si me vieran en la Tierra ganaba las olimpiadas!

Recordando la maniobra de Ernst y Aldo al descender de la astronave, tomó impulso y se lanzó hacia arriba, a la par que abría las espitas del oxígeno. El salto alcanzó casi los cien metros de altura y... allí se quedó Huguert, flotando tranquilamente, sin apenas descender perceptiblemente.

-¡Eh, socorro, ayúdenme! ¡Me he quedado ahí arriba!

-¡Pues espere a ganar las olimpiadas para bajar! -le respondió Tronelli, riéndose a mandíbula batiente-. ¡Ni que fuera un niño con un juguete nuevo!

Ernst, por su parte, sacó una cuerda que traía arrollada al hombro, y la lanzó hacia arriba, indicando a Huguert que la cogiera. Al tercer intento éste pudo por fin asirla, y fue remolcado hasta que el general volvió a unirse con ellos.

-Recuerde, Huguert -le increpó Slinder-, que si hemos venido aquí no ha sido para ver saltos de acrobacia, sino para desentrañar el misterio de la desaparición de la Luna de su órbita. Deje en paz el regulador de oxígeno y las cabriolas y síganos. Y si no está conforme con esto, coja sus cosas y regrese a la Tierra... andando.

Dio media vuelta y continuó su camino, seguido de cerca por los demás.

Habrían transcurrido unos diez minutos y andado un medio kilómetro, cuando Ernst se paró de repente, siendo imitado por los otros tres. Ernst señaló con el brazo extendido hacia un punto del horizonte, y entonces comprendieron los demás la brusca detención de Slinder.

¡Allí a los lejos, semicubierto por una nube de polvo, se podía ver avanzar un vehículo, muy semejante a un tanque, en la dirección donde estaban ellos!

-¡Habitantes de la Luna! -exclamó Clochard, estupefacto-. ¡Selenitas!

Ernst le dirigió una furiosa mirada, mientras le hacía señas de que se callara. El vehículo que se divisaba a lo lejos se iba acercando por momentos, y no tardaría en descubrirles. Y quienesquiera que fuesen los seres que viajaban en él, no debían conocer de su existencia, por el momento.

Ernst recorrió con la mirada los alrededores, buscando un lugar

propicio para ocultarse. A pocos pasos de ellos había un regular montón de rocas, sin duda traídas allí por la erosión, y Ernst no lo dudó. Con un expresivo gesto señaló hacia allí, a la par que daba ejemplo corriendo a ocultarse. Poco después los cuatro hombres permanecían tendidos tras aquel pequeño montículo, contemplando asombrados como del vehículo, que se detuvo a unos cien metros de distancia, descendían tres seres, idénticos a ellos... en todo lo que se podía apreciar.

¿Serán selenitas? -murmuró Tronelli, reptando hasta el lugar donde estaba Ernst.

-No -le contestó éste en el mismo tono-. Fíjese en los lados del tanque oruga.

Tronelli obedeció, y lanzó una ahogada exclamación. ¡Porque a los lados del oruga una estrella de cinco puntas, de color rojo intenso, resplandecía a la mortecina luz del sol!

-¡Rusos!

-Sí, profesor; y si no me equivoco, ellos sabrán algo de lo que buscamos. Debemos coger alguno para saber cuales son sus proyectos aquí.

-¿Quiere que le ayude?

Ernst vaciló un poco antes de contestar.

-No. Usted ro está familiarizado con estas cosas. Llame a Clochard. Me parece el menos loco de los dos.

Tronelli a firmó con la cabeza, y retrocedió hasta donde estaban los otros dos, gesticulando excitados. Habló por lo bajo con uno de ellos y poco después el general Clochard llegaba arrastrándose sobre el estómago al lado de Ernst.

-Usted sabe táctica militar, ¿no? -le dijo éste-. Intente encontrar el mejor medio de sorprenderlos sin que puedan avisar a sus compañeros ni ofrecer resistencia.

Clochard se frotó pensativo la parte del yelmo correspondiente al mentón.

-No es fácil -dijo después de meditar un poco-, estamos en terreno descubierto, y nos verían en seguida. La única solución es atacarlos cuando estén de espaldas; la mejor ocasión será cuando vuelvan al oruga. Es algo arriesgado, pero es lo único factible.

-Está bien. Esperaremos a que se vuelvan. Entonces saldremos los dos

empuñando los fusiles, y nos lanzaremos sobre ellos a la carrera. Usted amenazará al de la izquierda. Yo me ocupo de los otros dos; ¿comprendido?

-Sí.

Permanecieron unos minutos inmóviles, mientras los tres rusos parecían investigar el suelo, a poca distancia de ellos. De pronto los tres, como si hubieran obedecido una orden, se volvieron al unísono, dirigiéndose hacia el oruga.

-¡Ahora! -musitó Ernst.

Y como si estuviera en los mejores tiempos de su actuación en la guerra, de un salto se plantó do pie, empuñando el fusil, y se lanzó a la carrera hacia los tres rusos.

Su principal ventaja fue que en la Luna no se propagan los ruidos a causa de su carencia de atmósfera, y los rusos no se dieron cuenta de nada hasta que tuvieron a los dos hombres encima. Entonces, al notar la presión del cañón de los fusiles en sus riñones, permanecieron inmóviles, como paralizados por la sorpresa.

-¡Volveos! -ordenó Slinder.

Al ver que no obedecían, comprendió que si tenían radio debían usar una longitud de onda diferente de la suya. Apartó una mano del fusil con el fin de hacerle una seña, y esto fue lo peor que pudo haber hecho. Al notar que la presión del arma disminuía, el ruso al que encañonaba Ernst se volvió violentamente mientras gritaba algo al otro, que se lanzó sobre Clochard. Al instante se entabló una lucha encarnizada entre ellos mientras el tercer ruso, libre de la amenaza de los fusiles, se lanzaba a la carrera hada el oruga.

Ernst comprendió que había procedido alocadamente. Aunque lograran dominar a los dos rusos que les atacaban, el otro conseguiría huir, poniendo en conocimiento de sus superiores su presencia allí. Y había que evitar esto por todos los medios.

Con renovados bríos, dio un fuerte empujón a su contrincante y se levantó requiriendo el rifle, a la par que ordenaba:

-¡Dispare, Clochard!

Se echó el arma a la cara y disparó contra el ruso, que ya venía de nuevo a la carga intentando sacar su revólver. Como abatido por un rayo, éste cayó al suelo quedando inerte.

Ernst no se preocupó más de él. Con el rifle en posición de disparar,

se volvió hacia el que luchaba contra el general, y volvió a hacer fuego.

Tampoco esta vez se preocupó mucho de los efectos de su disparo. Volviéndose hacia el que huía, pudo ver que casi había alcanzado la portezuela de la cabina del oruga. Necesitaba cogerlo vivo, pero tampoco podía permitir que se le escapara. Tenía que encontrar un medio para cogerlo sin causarle daño, pero... ¿cuál era este método?

Ernst comprendió que si quería alcanzar su objetivo debía ganar tiempo. Se volvió a echar el fusil a la cara y apuntó con todo cuidado, disparando contra la puerta en el momento en que el ruso la iba a abrir.

Aprovechando la momentánea sorpresa que causó su disparo. Ernst se lanzó a una carrera desesperada hacia el ruso, lanzándose en una temeraria plancha contra él y derribándolo.

Y apenas caídos los dos, Ernst formó con sus brazos un fuerte dogal con el que sujetó a su enemigo, diciéndose que no soltaría aquella presa por nada del mundo.

Pero pronto cambió de opinión, muy a pesar suyo. Al contemplar el rostro de su enemigo, se detuvo súbitamente, sorprendido, mientras aflojaba la presión de su abrazo. Porque el rostro que tenía ante sí, y que demostraba ahora una furia sin límites, era, ni más ni menos, que el de una mujer.

Ella aprovechó la sorpresa de Ernst para encoger la pierna velozmente, dándole una fuerte patada en el vientre, a la par que se levantaba de un rápido salto, intentando llegar al oruga. Un oportuno disparo de Clochard, pegando contra la portezuela del tanque, pareció detenerla unos momentos, pero después se armó de resolución y penetró de un salto en la cabina, cerrando rápidamente la puerta tras sí.

Ernst, todavía doliéndose del golpe, se levantó penosamente, con los ojos semivelados por el dolor. Pero su visión, si bien algo turbia, era lo suficientemente clara para advertir como el oruga, conducido por la mujer, se le lanzaba encima con intenciones de aplastarlo.

Entonces recordé a Huguert y su salto a las alturas y, agachando las piernas, dio un salto hacia arriba en el preciso momento en que el coche parecía que iba a aplastarle. Aunque oportuno, su salto no fue lo suficientemente rápido, y sus piernas chocaron contra la parte delantera del tanque motivando que cayera bruscamente sobre el techo.

De todos modos, se dijo Ernst, no estaba tan mal la situación. Si

pudiera descender y penetrar en el coche, quizá...

Haciendo un poderoso esfuerzo, se deslizó lentamente hacia la portezuela y la abrió de un brusco tirón, lanzándose hacia el interior sin calcular dónde iría a parar. Y donde fue a parar fue a chocar con el yelmo contra el cuerpo de la rusa, que estaba conduciendo a gran velocidad con toda su atención puesta en la parte delantera del camino.

Al conjuro del choque la mujer solió el volante y el oruga se despistó patinando sobre la superficie, por suerte sin consecuencias a causa de lo llano del terreno. Mientras ella intentaba controlar nuevamente la dirección, Ernst pudo recuperarse del golpe y se dio una idea de la situación. Hombre de rápidos reflejos, se trazó un rápido plan a seguir, que puso inmediatamente en práctica. Sin preocuparse del rumbo del coche, agarró sin ninguna contemplación a la mujer por las manos, atrayéndola hacia sí y retorciéndole el brazo rápidamente. Ahogando un grito de dolor que Ernst no oyó, ella no tuvo más remedio que colocarse de espaldas a Ernst, con el fin do mitigar el dolor del brazo, circunstancia que aprovechó éste para arrebatarle de un tirón la radio portátil y la pistola. Sin soltarle el brazo, acercó su cabeza a la de ella y le habló por el sencillo procedimiento de juntar sus cascos:

-Guíe el oruga de nuevo hacia donde ha dejado a sus compañeros.

Como no sabía si ella conocía el alemán, acompañó sus palabras de un expresivo gesto, a la par que ejecutaba una nueva presión en el brazo para hacerla comprender que hablaba en serio.

Poco después, el oruga regresaba al lugar donde habían quedado los otros dos rusos tendidos junto con los dos generales y Tronelli, que aprestaron de nuevo sus fusiles al ver aparecer al tanque.

-No hay nada que temer -les comunicó Ernst por radio-, traigo un prisionero... Bueno, una prisionera.

Apenas detenido el coche saltaron los dos al suelo, aunque sin dejar en ningún momento libre a la mujer.

-¿Los dos muertos? -inquirió.

-Sí -el que respondió fue Tronelli-. Aunque les heridas no son necesariamente de gravedad, se les escapó todo el aire por el agujero del traje -señaló al más lejano y comentó-: Ese era un capitán, y el otro teniente.

-Pues ella también es teniente -añadió Ernst, dando un brusco empellón a la muje, que hizo que diera con sus huesos en tierra-. ¡Apúntela,

Huguert!

Rápidamente, tomó el fusil de Clochard, mientras Huguert no dejaba de apuntar a la rusa, que se estaba poniendo en pie. Ernst le hizo señas de que se colocara delante de ellos, mientras ordenaba:

-Iremos al campamento y allí la interrogaremos. En marcha.

-¿Y el oruga?-inquirió Tronelli.

-Uno de ustedes que suba los cadáveres en él y lo lleve hasta allí. Nosotros iremos delante para prevenirlos de lo ocurrido.

Y clavando el fusil en los riñones de la mujer, empezaron a andar hacia donde estaba el resto del grupo, mientras Tronelli comentaba:

-A pesar de todo, no ha estado mal la primera descubierta.

CAPÍTULO V

¿Quién ha robado la Luna?

Cuando llegaron al lugar que habían elegido para instalar la vivienda estanca prefabricada, ésta ya estaba completamente montada y ajustada. Aldo Ferzetti, que hacía la primera guardia junto con un soldado, agitó una mano en señal de saludo al verlos, mano que quedó suspendida en el aire al ver que otra persona iba con ellos. Rápidamente se dirigió hacia allí y, al ver quien era el prisionero, lanzó un silbido.

-¡Ernst! ¿Es que piensas casarte en la Luna?

-No digas tonterías, Aldo -exclamó éste, empujando con el fusil a la rusa hacia la entrada del barracón-. El asunto es mucho más grave que eso.

Seguido por Ferzetti, y Tronelli y Huguert que le habían acompañado, penetraron en la vivienda, no sin antes haber advertido al soldado de guardia que dejara pasar al tanque oruga ruso dentro del cual venía Clochard con los dos rusos muertos.

Apenas entraron en la habitación donde se encontraban reunidos los miembros responsables de la expedición, un coro de exclamaciones de sorpresa los acogió. Ernst, por señas, indicó a la mujer que se quitara el yelmo, a lo que obedeció ella sin protestar. Mas cuando su cabeza asomó por entre el aro de metal del yelmo y pudo hacerse oír, de su boca salió un torrente de palabras que aturdieron a Slinder.

-¡Dumm, Tierisch, Schwein...![1]

El alemán que empleó para lanzar estos epítetos fue de lo más puro, sin átomo de idioma extranjero. Ernst tuvo que admirar, a pesar de no gustarle mucho los calificativos que había empleado, el temple de la muchacha. Porque en realidad era una muchacha, de veinticinco años a lo sumo, con el cabello más rubio y los ojos más azules que había visto en su vida. Esto, unido al desafiante mentón y a la despejada frente que poseía, hacían parecer de ella una alemana del Tirol más que una soviet de Moscú.

Ernst se rascó la coronilla, indeciso, y preguntó:

-¿Dónde ha aprendido el alemán, señorita?

Por toda contestación, ella le lanzó una furibunda mirada capaz de deshacer una roca. De tal modo que Ernst estuvo a punto de soltarle un "cuando te enfadas estás realmente preciosa, amor".

Pero no lo dijo por si acaso. Le indicó una silla, mientras él se sentaba

en otra, y comentó:

-Lo siento, señorita, pero si usted no me hubiera dado aquella patada tan poco... académica, quizá no hubiera tenido ocasión de lanzarme estos adjetivos.

Se volvió a los que se encontraban sentados en torno suyo, sin apenas comprender nada, y les aclaró:

-Al salir de aquí encontramos una patrulla rusa. Tuvimos que disparar contra los dos que iban con la señorita, y pudimos capturarla a ella.

-¡Tierisch...!

Y la muchacha se calló. Ernst inclinó la cabeza en signo de aprobación, pensando: "por lo menos ahora has reducido un poco la lista, cariño". Preguntó:

-¿Cuál es su nombre?

Ella no contestó. Antes al contrario, y para demostrar que no tenía la menor intención de hablar, apretó los labios con fuerza.

-¿No quiere hablar? -Ernst se recostó en su silla, mientras sacaba un cigarrillo y le prendía fuego-. En este caso no nos quedará más remedio que usar otros medios algo más... violentos.

-¿Serían capaces?... -un destello de temor asomó a los ojos de la rusa, mientras su mirada se paseaba nerviosa por los allí reunidos.

-¿Y por qué no? ¿Acaso ustedes no hacen lo mismo con los prisioneros que cogen?

-¡No!

-Bueno... -Ernst se levantó y empezó a pasearse por la habitación-. En este caso...

Y se encogió de hombros. Se fue al lugar donde se encontraba la muchacha, y volvió a sacar el paquete de cigarrillos del bolsillo, ofreciéndole uno. Ante el signo de negación de ella, lo dejó encima de la mesa, frente a su asiento, y reanudó sus paseos alrededor de la habitación.

El profesor Anta se inclinó sobre la mesa y preguntó, con la voz más suave que pudo:

-¿Por qué alejaron a la Luna de su órbita?

Los ojos de la rusa, al conjuro de estas palabras, se abrieron como platos demostrando una sorpresa sin límites. Su voz balbuceó al hablar, dominada por la furia:

-¿Co... cómo? ¿Encima de robarnos la Luna, todavía se atreven a echarnos la culpa a nosotros? ¡Semejante cinismo...!

Se echó para atrás en su silla, y rompió a reír a carcajada limpia, mientras los demás se miraban entre sí, sin comprender nada.

-¡Basta! -fue el general Huguert quien cortó la situación-. ¿Se cree que nos va a convencer con esas risas hipócritas y este aire de inocencia mal justificado? Encima de robar la Luna, todavía quieren echarnos la culpa a nosotros -sin darse cuenta estaba repitiendo las mismas palabras de la muchacha-. ¿Es que en Rusia no saben hacer más que hipocresías?

-¡Oiga usted, emperifollado capitalista! -la joven se levantó, dirigiéndose amenazadoramente hacia donde estaba el general que, instintivamente, se echó para atrás- . ¿Acaso se creen ustedes que son los seres perfectos de la creación, con todos los derechos y todas las prerrogativas? ¿Se creen que tienen el derecho de echar la culpa de todo lo que hacen a los demás, corno han hecho siempre? ¡Engreídos estúpidos!

-Un momento, por favor -Ernst se dirigió hacia donde estaba la muchacha, y casi la arrastró hacia su silla-. Me parece que todos nos estamos dejando llevar por los nervios. Vamos a ir por partes, ¿quieren?

Volvió a sentarse al lado de la joven, y comenzó a hablarle. Le explicó con todo detalle todo cuanto había sucedido desde la noche en que la Luna desapareció de su órbita hasta aquel momento. Al terminar su relato, aquélla lo miró con ojos de asombro, que transformóse en furia:

-¡Esto no es más que una sarta de mentiras!...

-Por favor -interrumpió Ernst-. Comprendo que, si ustedes no han tenido nada que ver con este repentino traslado de la Luna, sospechen de nosotros, como nosotros sospechamos de ustedes. ¡Cállese! -atajó a Huguert, que intentaba meter baza en la conversación-. Si usted nos explica en qué circunstancias están aquí, quizá podamos llegar a una explicación lógica del asunto.

La muchacha, ya más calmada, asintió con un gesto.

-Mi nombre es Nina Parenko, y soy teniente de aviación. Debido a mis condiciones físicas -Aldo lanzó un apagado silbido- fui elegida, junto con otras tres mujeres, para formar parte de esta expedición a la Luna, que partió hace un mes, o sea, muchos días antes de que la Luna se saliera ce su órbita.

-¿Cuál fue el motivo de este viaje?

-Pues... -vaciló un poco y respondió, con sospechosa seguridad-: al enterarnos de que ustedes querían enviar una nave a la Luna, quisimos adelantarles. Orgullo profesional, ¿sabe?

-¿Seguro? -a pesar de los enérgicos pisotones de Aldo, Huguert volvió a meter la cuchara en la conversación-. ¿No sería acaso que intentaban robarnos la Luna?

-¿De veras? -la muchacha arqueó las cejas levemente, como pidiendo una explicación. Esta vez ya no era furor, sino un repentino deseo de achicar a aquel estúpido petimetre-. ¿Podría decirme con qué fin?

-Pues... -a primera vista se notaba que Huguert había sido bonitamente corrido- no sé, con cualquiera. ¡Vaya a saber uno lo que se proponen los rusos cuando...!

-¡No le permito!... -la muchacha volvió a levantarse, y Ernst tuvo que agarrarla enérgicamente por el brazo para que no se lanzara sobre el general. Vuelta a su sitio, y rnás calmada, agregó, con el tono que emplean las mujeres para hablar "elogiosamente" de una encarnizadla enemiga-. Los señores capitalistas -abarcó a todos con el brazo- nos han tomado manía a los rusos porque les decimos las cosas claramente, sin los rodeos que usan ellos. ¿Quien me asegura que ustedes no lo tenían todo planeado, incluso su encuentro con nosotros, para echarnos la culpa de lo que han hecho? ¿Por qué, si no...?

-Señorita Parenko -era la primera vez que Ernst empleaba su nombre-. Si continuamos así nos pasaremos todo el tiempo dando vueltas dentro de un círculo vicioso. ¿Puede prometernos por su honor que los rusos no han motivado el desprendimiento de la Luna de su órbita?

-No puedo jurar nada, por el simple motivo que soy prisionero de guerra. Mas para su tranquilidad les diré que pueden estar seguros de nosotros. Fuimos los primeros sorprendidos al ver alejarse la Tierra a tan tremenda velocidad.

-Bien, esto es todo cuanto deseaba saber. Señores -se levantó, dirigiéndose a todos-: tendremos que buscar la explicación por otro lado. Por lo tanto, ruego procedan como si nada hubiera sucedido. Señorita Parenko, espero que se considerará aquí como una... invitada. No es ni mucho menos una prisionera de guerra, como ha dicho, aunque... al principio me vea en la obligación de vigilarla para prevenir una fuga. Venga y le indicaré su aposento.

Se levantó, siendo imitado por la muchacha, junto con la cual se dirigió hacia la puerta opuesta a la esclusa de entrada. Casi en ella se volvió e indicó a los demás:

-Aguárdenme unos momentos, por favor. Quiero hablar con ustedes luego.

Y salió, precedido de la joven.

La tormenta estalló a su vuelta. Huguert, rojo como un tomate maduro, tabaleaba nerviosamente sobre la mesa con los dedos. Al entrar Ernst se levantó furioso, inquirió con tono explosivo:

-¿Puede indicarme qué libertades se ha tomado usted para nombrarse jefe de esta expedición?

Ernst se le quedó mirando, a medio sentarse, como quien contempla un bicho raro.

-¿Libertades? No creo que me haya tomado ninguna hasta ahora.

-No, ¿eh? -agitó Huguert su dedo amenazadoramente-. ¿Puede decirme con qué derecho se ha nombrado jefe de esta expedición? ¿Con qué derecho ha interrogado a esta...usa? ¿Puede saberse...?

¡Narices! -Ernst dio un fuerte puñetazo sobre la mesa que hizo tintinear todos los objetos que había encima de ella-. ¿Acaso pretende insinuar que el que manda aquí es usted?

-Sí. Tanto el general Clochard como yo somos los que tenemos mayor graduación militar.

-¡Ah, vaya! De modo que usted cree que aquí es el mandamás. ¡Usted, que no sé cómo habrá llegado a general, pues más parece un niño de ocho años! ¡Usted! -y una incontenible carcajada llenó los ámbitos de la reducida estancia.

-¡Sí, yo! -Huguert, tan rojo que parecía querer estallar de un momento a otro, se levantó de su asiento violentamente-. Usted no es más que un... un organizador de la expedición. Aquí el único que tiene derecho a mandar...

-¡Soy yo! -cortó secamente Ernst-. Si consentí en que en esta nave vinieran mentecatos como usted fue porque me obligaron a ello, pero nadie me insinuó siquiera algo sobre la jefatura de esta expedición. Por lo tanto, entérese bien -acercó su rostro al de Huguert-; soy yo el que manda aquí, y Aldo en mi ausencia. Y si no me obedece, le haré encerrar en una cabina hasta que regresemos a la Tierra. ¿Se entera?

-Estoy de acuerdo con usted, Slinder -Clochard, que había regresado con el oruga en el intervalo de ausencia de Ernst, se colocó a su lado-. Nosotros dos solamente tenemos como misión aquí mandar la tropa y procurar que no haya disturbios. Nada más.

-Pero... pero... -Huguert se dejó caer en su silla, deshinchado-. ¿Acaso nosotros no somos generales, no mandamos...?

-Mandarán todo lo que quieran, pero ésta no es una expedición militar. Entérese bien, Huguert, y no vuelva a comentar nada sobre el particular.

Y sin dar más importancia al incidente se sentó tranquilo en su silla, dirigiéndose hacia los tres científicos, silenciosos espectadores hasta entonces.

-Ustedes, profesores, podrán responderme sin duda a una pregunta que deseo hacerles. Díganme... ¿puede cualquier fuerza humana mover todo un planeta?

Los tres hombres de ciencia se contemplaron mutuamente con la mirada, hasta que Tronelli tomó la palabra por todos.

-En realidad, señor Slinder, ésta es una pregunta algo difícil de contestar con seguridad. No sabemos nada sobre las fuerzas que puede hacer desarrollar el hombre -hizo una pausa, como concentrándose y continuó, como si hablara en una cátedra-. Si a alguien de la Edad Media le hubieran dicho que el hombre era capaz de destruir una ciudad entera con una sola bomba, le habrían tomado por loco de remate. Y sin embargo esto ha sucedido. Puede ser, por lo tanto, que el día de mañana el hombre llegue a poder mover los planetas a voluntad.

»Sin embarco, es algo difícil hacer esto en una dirección determinada, como ha pasado con la Luna. Tengan en cuenta -ahora se dirigió a todos- que la Luna ha ido, sucesivamente, desde la Tierra a Marte y a Júpiter, estableciéndose en órbita sobre cada uno de estos dos últimos planetas. Si muy difícil es mover un astro en una dirección determinada, mucho peor es sacarle de una órbita para hacerle caer en otras. Para esto se necesita calcular una parábola que, empezando en la órbita perfecta de la Tierra, vaya a morir en la de Marte. Y para lograrlo se necesitan una gran cantidad de cálculos matemáticos y observaciones astronómicas de lo más exacto posible, ya que cualquier fallo daría como resultado el choque de los dos planetas.

»Yo no digo que sea imposible hacer esto con una nave, pues incluso

se ha intentado con cohetes automáticos, pero es muy diferente un planeta que un cohete. No creo tampoco que un día no llegue a poder hacerse, pero estoy seguro que, el día que esto suceda, se necesitarán una gran cantidad de instrumentos de alta precisión y aparatos de gran potencia que no se pueden transportar ni en cien cohetes.

»Por lo tanto, si lo que usted quiere insinuar es la posibilidad de que los rusos hayan efectuado el traslado, rechace de plano esta idea. Los rusos no nos han quitado la Luna por la sencilla razón de que ellos están imposibilitados de hacerlo. Además, ¿qué iban a ganar con ello?...

Dejó en suspenso la frase, ya que todos se imaginaban el resto: "¿Acaso los rusos, caso de haber sido ellos, hubieran sacado algo de aquella acción?" No, sin duda alguna. Si su deseo era amedrantar a la Tierra, hubieran dicho claramente: "Si no queréis que os arrojemos la Luna por delante y os hagamos picadillo, rendíos incondicionalmente." ¿No lo habían dicho? Señal de que no sabían nada.

-Bien -Ernst volvió a tomar la palabra-. Esto es todo cuanto quería saber. Y ahora... ¿qué le parece la teoría del profesor Martín? ¿La cree probable?

-Pues... en confianza, y con perdón de Martín, tampoco creo que sea muy lógica. El que una fuerza natural, proveniente del espacio, trasladara a nuestro satélite podría ser cierta, pero resulta muy improbable. Primero, porque una fuerza de la magnitud suficiente para mover la Luna, dejaría sentir, aunque fuera atenuados, sus efectos sobre los demás planetas. Segundo, porque es muy raro que esta fuerza natural llevara primero a la Luna hasta la órbita de Marte y después a la de Júpiter, sin chocar con ninguno de los dos planetas.

»Yo, personalmente, diría que más parece una obra hecha por manos intencionadas. Por eso quizá, me inclino más hacia la teoría del profesor Anta... o la mía propia. Una de las dos ha de ser cierta. Ahora ustedes deciden con cual se quedan.

Permanecieron unos momentos silenciosos, sin que se oyera el más leve ruido. Kraun, el ex-multimillonario, que hasta entonces se había mantenido escuchando silencioso, murmuró:

-Estoy seguro de que el profesor Anta tiene razón.

-Eso no vale -respondió Aldo-. Usted es un elemento parcial.

Ernst sonrió levemente, a la par que tomaba la palabra.

-No creo que ninguno de nosotros nos inclinemos más por una u otra de las teorías expuestas. Por lo tanto, creo que lo mejor es trazar un plan de trabajo para discernir cual de las dos es verdadera. Voy a exponer uno, y ustedes decidirán si lo aceptan o no.

Se reconcentró unos momentos, y continuó:

-Suponiendo que la teoría del profesor Anta sea cierta, los que hayan movido la Luna, sean quienes sean, estarán aquí, y tendrán, sin duda, aparatos. Nuestro objetivo será hallarlos. A tal fin dispondremos exploraciones de la superficie lunar en las que iremos tres de nosotros, acompañados de un soldado. Como somos ocho, saldremos dos expediciones simultáneamente, quedándose los dos hombres restantes para vigilar el "vivac" y ordenar a los soldados. Por lo tanto -señaló a los dos generales-, habrá de quedarse permanentemente uno de ustedes para tomar el mando de los soldados. ¿Están conformes?

-En parte -respondió Tronelli-. Si tomamos el supuesto de que la Luna ha sido movida por seres extraterrestres, tanto puede ser que la hayan gobernado desde este mismo sitio como desde una nave del espacio o bien desde su planeta nativo. Entonces, ¿de que nos servirá explorar la superficie lunar?

-Amigo mío -respondióle Aldo-. Si todos fuéramos tan optimistas como usted, llegaríamos lejos. ¿Puede decirme acaso algo que esté mejor que lo que ha dicho Ernst?

Tronelli permaneció silencioso. En realidad, nadie tenía un plan mejor. Por esto, sin nada más que discutir, cada uno de ellos se dirigió a su pequeña cabina a descansar.

Ernst, tumbado en su cama de campaña, no pudo dormir. Por su mente pasaba la imagen de la muchacha rusa, y su actitud. "Dumm, Tierisch, Schwein"... En verdad no sonaban corno insultos...

Con estos pensamientos en su mente, se quedó dormido.

Le despertó el repiquetear de alguien en su puerta, y Ernst se levantó refunfuñando mientras contemplaba su reloj de pulsera. Habían pasado casi diez horas desde que se retiró a su habitación. Abrió la puerta y encontró frente a él la sonriente faz del profesor Tronelli que, con una pasmosa tranquilidad explicó:

-Le he despertado para comunicarle que, hace aproximadamente diez minutos, hemos abandonado la órbita de Júpiter y nos dirigirnos, con toda seguridad, a contemplar los anillos de Saturno. Buenos días.

CAPÍTULO VI

Incursión

La primera salida acordaron hacerla en dos grupos: Ernst, Aldo y Kraun, por un lado, se dirigirían hacia el norte, por donde habían encontrado la patrulla rusa. Huguert, Tronelli y Martín irían en dirección opuesta. A cada uno de los dos grupos los acompañaría un soldado, adiestrado especialmente para conducir los aparatos aéreos aptos para volar en un mundo sin atmósfera como la Luna.

Estos aparatos, diseñados especialmente por Ernst, quien les había dado el nombre de heliocópteros, en nada se diferenciaban de los terrestres... en el aspecto exterior. Consistían en esencia en unas aspas (en número de cuatro) dispuestas en hélice horizontal, en cuyos extremos se habían adosado unos minúsculos pero potentes reactores. Al girar a toda velocidad las aspas, con éstos en marcha, creaban una fuerza que suplía ventajosamente a la del aire en los helicópteros normales, dándole, en ventaja, una gran capacidad de movimientos.

Provistos cada uno de los dos grupos de fusiles, cargas suficientes para ellos, y cuatro reactores individuales, amén de una porción de raciones alimenticias suficientes para dos semanas, los expedicionarios partieron hacia su destino. Por el camino, sentado en la parte posterior de la carlinga, junto con Aldo y Kraun, Ernst explicó sus propósitos.

-...por eso he escogido a los dos. No creo que lleguemos a tener un tropiezo serio con los rusos, pero por si acaso, sé que tanto vosotros como Newton -señaló al piloto- responderéis como es debido. No es que no crea en la realidad de que los rusos no han causado el traslado lunar, pero encuentro un poco extraño que hayan realizado un viaje hasta aquí con fines “puramente científicos”. Soy de aquellos que quieren “ver para creer”.

»Supongo -continuó- que al igual que nosotros habrán escogido para tomar tierra el interior de un cráter. De ser así (lo cual espero), antes de verlos los detectaremos con el radar magnético, y podremos ocultar tranquilamente el aparato, siguiendo a pie el resto del camino. Comprendo que es un plan basado enteramente en meras suposiciones, pero es lo único que podemos hacer por el momento. Cuando estemos de lleno en el “ajo”, ya veremos.

-¿No hubiera sido más práctico preguntarle a la rusa la situación del campamento?

-No, Aldo. Primeramente, no quiero que ella sospeche que desconfiamos de sus afirmaciones. Si acaso fuera verdad que nos ha mentido respecto a los fines de su expedición, tiempo habrá para que nos diga la verdad luego. Además, si nos hubiera dicho donde se encuentra enclavado su campamento, seguramente nos hubiera dado datos falsos para despistarnos.

-Ya... -y Aldo se sumió en el mutismo, mientras contemplaba con gesto aburrido el paisaje que desfilaba bajo ellos.

Así transcurrieron casi cincuenta minutos, hasta que el piloto señaló con un ademán la pantalla del radar magnético, en la que se podían ver unas pequeñas manchitas luminosas, totalmente inmóviles.

-Se encuentran en aquel cráter que puede verse a la derecha, un poco hacia delante -indicó Newton-. Sin duda es el campamento ruso.

-Está bien; guíe el aparato hacia allí, y escóndalo en algún lugar de la parte exterior del cráter.

El piloto hizo un gesto afirmativo e inclinó el aparato levemente, dirigiéndose en línea recta hacia el objetivo. A pocos metros de él se encontraba una pequeña hendidura, casi a la derecha del cono, que resultó ser, una vez estuvieron más cerca, una estrecha grieta, bastante profunda pero ideal para esconder en ella el helicóptero. El piloto, una vez estuvieron situados encima, detuvo las hélices, que se plegaron automáticamente, y puso en marcha el dispositivo amortiguador de caída vertical.

En una detención súbita el aparato descendió hacia la grieta y unos hábiles golpes de timón lo enderezaron hasta ocupar el centro geométrico de la hendidura. Lentamente primero, con mayor rapidez después, las paredes fueron desfilando por los lados del helicóptero y, poco antes de llegar éste al suelo, los chorros amortiguadores entraban en funcionamiento y el aparato se posaba suavemente en el suelo.

Las paredes de la grieta se encontraban apenas a unos metros a los costados del helicóptero, y tuvieron que admitir que el sitio era ideal como escondite. Mientras se adosaban los reactores individuales, pequeños aparatos en forma de tubo alargado que proyectaba haces de energía capaces de elevar una persona a voluntad, Aldo comentó:

-¿Cómo piensas salir de aquí luego, Ernst? El aparato no puede desplegar las hélices aquí dentro, y los chorros amortiguadores no servirán para elevarlo tantos metros.

-Tienes razón, Aldo, pero sí lo harán los reactores individuales, aplicados en los extremos del helicóptero. Puestos a la máxima velocidad pueden elevarlo hasta las nubes si quieren.

-Lo veo un poco difícil, sabihondo. Aquí no hay nubes.

Ya habían terminado de sujetarse los reactores e hicieron unas cuantas pruebas antes de remontarse definitivamente. Cuando comprobaron que los aparatos funcionaban a la perfección se lanzaron como flechas hacia arriba, saliendo disparados fuera de la grieta. Se habían remontado unos metros sobre la verdadera superficie de la Luna y detuvieron los reactores, descendiendo sobre el suelo muy lentamente.

-¡Es interesante poder comprobar la verdad sobre la caída de un cuerpo en la atmósfera de la Luna! -exclamó Kraun-. Parece como si flotáramos en el aire.

-Sí, y nos será muy ventajoso para escalar las paredes del cráter. De todos modos, recuerde que esto no es causa de la atmósfera, pues la Luna no tiene. La causante es la fuerza de gravedad.

Dando pequeños saltos, los cuatro hombres llegaron al cercano cráter, principiando a subir sus empinadas laderas. No tardaron en llegar a la cumbre, y se tendieron en el suelo, avanzando a rastras hasta asomarse a la parte interior.

El radar no les había encañado. Al otro lado del cono del cráter se podía divisar una plateada nave, de más de trescientos metros de altura, dispuesta en el centro del valle formado por el cono. A su lado podíanse divisar una serie de aparatos que fueron identificados inmediatamente.

-¡Fiiuuuu!-silbó Aldo-. ¡De modo que estos son los planes científicos que se han traído los rusos!

Porque allí, a pocos pasos de la nave, se podían divisar diez enormes rampas de lanzamiento de cohetes teledirigidos, todas apuntando hacia el cielo. Ernst exclamó:

-Los rusos han hecho honor a la creencia de que quien primero dominara la Luna dominaría la Tierra.

-¡Entonces, ellos no han sido los que nos han quitado la Luna! exclamó Kraun, en quien aquel era el único pensamiento que ocupaba su mente.

-No, Kraun; no les reportaría ningún beneficio ahora el que la Luna se

apartara de su lugar habitual. Las diez rampas deben estar ya apuntadas a determinados sitios.

-Nueva York, París, Londres... ¿Hacia dónde las habrán apuntado?

-¡Vaya usted a saber, Kraun! ¿Quiere ir a preguntárselo a ellos?

Y Aldo señaló hacia el campamento, que aparecía totalmente desierto. Kraun lo hizo notar.

-No lo creo -respondió Ernst-. Según dijo la prisionera, en la expedición vinieron, al menos, tres mujeres. Además, estas instalaciones no las construyeron tres personas solamente. Aquí deben vivir por lo menos cincuenta hombres.

-¡Miren! -señaló Newton, que no había apartado sus ojos de las instalaciones rusas.

En aquellos momentos la puerta de la astronave se estaba abriendo lentamente, y dos figuras enfundadas en trajes de vacío aparecieron en el umbral. Debían charlar amigablemente, a juzgar por los gestos que hacían, y Aldo movió la longitud de onda de su aparato de radio, tratando de captar la conversación. Ernst sonrió, sacando un pequeño aparato de su mochila.

-Perteneció a uno de los rusos que tuvimos que matar -aclaró.

Conectó los diales y acercó el altavoz del aparato al suyo propio. Como éste estaba abierto en circuito general, los cuatro pudieron oír claramente la conversación.

-¡Mecachis! -exclamó Aldo-. No entiendo ni jota.

-¿Y qué querías, que te hablaran en tu propia lengua?

Kraun les hizo un gesto con la mano, indicando silencio, mientras escuchaba atentamente. Poco después, las dos figuras se perdían entre la maraña de piezas esparcidas por el suelo, y la conversación languidecía. Kraun aprovechó aquella pausa para hablar, mientras Ernst apartaba el aparato ruso, dejándolo en el suelo.

-La conversación en sí no tiene nada de importante; son cosas que se dicen en todas partes. Que si esto, que si aquello... Lo único interesante ha sido cuando uno de ellos ha dicho algo así: “El general está preocupado por la tardanza de los tres oficiales que salieron de exploración. Tenían que haber regresado hace horas.” Sin duda se refieren a los que nos encontramos ayer.

-Sí... -Ernst se quedó unos momentos reflexivo, y preguntó-. ¿Dónde aprendió el ruso, Kraun?

-¡Oh, por ahí! Como mis ocupaciones son muy aburridas, me entretengo estudiando lenguas. Domino bastante bien el ruso, el húngaro, el servio y el croata, junto con las lenguas obligadas del francés, español e inglés. El que sí que no puedo tragar a pesar de mis esfuerzos es el italiano.

-¡Eh, oiga; más respeto! -saltó Aldo, amenazando con el enguantado puño la nariz del ex-millonario-. ¡Que en la nave somos dos los italianos, y si nos enfadamos...!

Cortando de plano la conversación, la radio rusa volvió a funcionar y todo fue dejado a un lado para escuchar las ininteligibles palabras, que no cesaron hasta que la puerta de la nave se volvió a cerrar tras de los dos rusos. Kraun tradujo:

-Comentan lo incomprensible del traslado de la Luna hasta Saturno. Como siempre, achacan la culpa a los americanos. ¡El mundo es así!

-Ya -fue el lacónico comentario de Aldo.

Permanecieron casi diez minutos observando el terreno, en previsión de alguna posible sorpresa.

-Es extraño que no hayan centinelas -indicó Kraun-. Viven muy confiados.

-Es natural que no tengan ningún recelo, teniendo en cuenta que están en un mundo que creen deshabitado. ¿Damos un vistazo por ahí abajo?

-Por mí no hay inconveniente -aclaró Aldo, siendo coreado por Kraun-. Me aburre estar ahí inmóvil.

Se levantaron, cogiendo los fusiles que habían depositado en el suelo, y Ernst indicó a Newton:

-Usted quédese aquí cubriéndonos. Sin embargo, no dispare si no lo ordenamos nosotros.

Y dejando a sus espaldas al soldado, los tres hombres emprendieron el descenso del cono, hasta llegar, en pocos minutos, al mismo nivel de la astronave. Empezaron a caminar a saltos, acercándose cada vez más a ella.

Estarían ya a medio camino, cuando la puerta de la nave se abrió por segunda vez y dos hombres, quizá los mismos que antes, aparecieron en el dintel. Ernst lanzó una maldición por lo bajo. Se encontraban en un terreno totalmente despejado, donde era imposible intentar ocultarse. Serían descubiertos sin remisión.

Y esto fue lo que sucedió. Uno de los rusos miró, quizá por

casualidad, en aquella dirección, y los vio. Por unos momentos pareció que la sorpresa le había paralizado, y su compañero le dio un codazo, sin duda inquiriendo la causa de su asombro. Gesticulando excitado, éste pareció decirle algo, y el otro se adentró precipitadamente en la nave, mientras él se echaba el fusil a la cara, apuntando hacia ellos.

Ernst .gritó:

-¡Al suelo! ¡No dispare, Newton, pero está apuntando continuamente a la puerta de la nave!

El disparo del ruso levantó una pequeña nube de polvo a pocos centímetros de la bota derecha de Aldo, que retiró inmediatamente el pie, comentando:

-Dispara primero y pregunta después. Sistema patentado “Made in URSS”.

-No usan proyectiles con cabeza atómica -murmuró Ernst, más para sí mismo que para los demás-. Es una ventaja.

Un segundo disparo, algo mejor dirigido, se clavó a pocos centímetros de la cabeza de Kraun, que lanzó una sonora maldición.

-¿Hemos de seguir aguantando, Slinder, o disparamos?

-Esperemos. Ya hay bastante con dos muertes.

-¡Pero no podemos permanecer tranquilamente aquí! ¡Por muy mala puntería que tenga este tipo acabará por acertarnos!

-Lancémonos en zigzag hacia la ladera. Es la típica solución que hay -y dirigiéndose a Newton-: ¡Dispare más abajo de la puerta, sin herirle! ¡Hay que impedir que salgan más rusos!

Apenas acababa de pronunciar estas frases, cuando un proyectil con cabeza atómica fue a estallar a pocos centímetros de la puerta, y el que se encontraba allí retrocedió rápidamente hacia el interior, cerrando la compuerta. Ernst lanzó un aliviado suspiro.

-De momento tenemos un relativo descanso -dijo, dirigiendo una mirada alrededor.

De pronto, de uno de los costados de la nave se abrió une escotilla rectangular, y por ella apareció la amenazadora boca do una ametralladora, que levantó polvo a los pies de los tres hombres.

¡Dispare hacia allí, Newton! -gritó Ernst, mientras hacían marcha hacia atrás rápidamente.

Pero era inútil hacer nada. A todo lo ancho de la astronave se iban abriendo escotillas iguales a la primera, por donde iban asomando más y más ametralladoras. Los disparos de Newton lograron acallar dos de ellas, pero esto no era suficiente. Los disparos de las armas rusas levantaban polvo a los pies de los expedicionarios, que corrían hacia la ladera, cada vez a mayor velocidad.

"Parece como si nos quisieran vivos -pensó Ernst-. Les hubiera sido muy fácil acertarnos y todavía no lo han hecho. Hay que sacar ventaja de esta situación."

Observó con ojos ávidos alrededor, buscando algún accidente que les permitiera defenderse con algún éxito. Tras una intensa búsqueda sus ojos se fijaron en una estrecha hendidura abierta en plena roca, capaz para permitir el paso de una persona. Por muy poco profunda que fuera, al menos les resguardaría de las balas y podrían devolver los disparos.

Sin dudarlo mucho, cambió la dirección de la carrera, siendo imitado por Aldo y Kraun, que no tardaron en darse cuenta de lo que pretendía. Por la radio les llegó la voz de Newton.

-¡He logrado acallar seis ametralladoras!

Con un rápido cálculo mental, Ernst vio que solamente quedaban en posición de dispararles tres ametralladoras. La situación se presentaba algo más halagüeña.

Cuando llegaron a las inmediaciones de la hendidura, Ernst tuvo una repentina idea. Apuntando con su fusil a la roca, a una altura superior al corte, disparó una flecha atómica, que provocó un pequeño alud. El polvo levantado por as rocas que caían formó una nube que la escasa gravedad lunar tardaría en disipar. Amparados en la misma, y en la sorpresa que aquélla habría causado a los tiradores, los tres hombres llegaron hasta la grieta y se colaron rápidamente por ella, mientras Newton seguía disparando desde arriba. Ernst le preguntó:

-¿Cuántas ametralladoras quedan, Newton?

-Dos, señor, pero las inutilizadas son reemplazadas por otras.

Ernst lanzó una sonora maldición, mientras volvía a la salida de la grieta. La nube de polvo se había disipado un tanto, y la astronave rusa se podía ver en líneas generales. Kraun, a su lado, le preguntó:

-¿Qué piensa hacer, Slinder?

-No lo sé. Confiaba en que los disparos de Newton terminarían con las ametralladoras y podríamos llegar a la cúspide, pero el que repongan las armas destruidas hace imposible este intento. Estamos encerrados en una ratonera.

-¿Y si creáramos otra vez una nube de polvo?

-Sería inútil. Ahora no han disparado a dar porque estaban seguros de que no escaparíamos, pero no creo que tuvieran ningún escrúpulo en disparar a bulto ante el temor de que pudiéramos escapar, y alguno de nosotros (por no decir los tres) caeríamos. Ellos tienen la ventaja de disparar con relativa inmunidad.

Kraun lanzó un suspiro mientras contemplaba la astronave, de la cual ya no salía ningún disparo. Dijo:

-Mientras estemos aquí, y Newton nos cubra desde arriba, no se aventurarán a realizar una descubierta. ¿Y si trajésemos el helicóptero hasta aquí?

-Es imposible, sin contar con que podrían averiarlo disparando sobre él. Newton no tiene los suficientes reactores individuales corno para sacarlo de donde está. La única solución sería escapar del fuego enemigo y reunimos con él.

Como para quitarle toda ilusión, una serie de disparos penetraron por la entrada de la grieta, rebotando por las paredes. Sin embargo, las balas no tenían la suficiente fuerza para causar demasiado daño, y mucho menos para llegar a rasgar un traje de vacío. Lo que sí podía resultar peligroso eran las balas que penetraban directamente por la hendidura. Para evitarlas, Ernst se dirigió hacia el interior, seguido por Kraun. Entonces se dieron cuenta de que faltaba Aldo.

-¿Dónde diablos se habrá metido...? -una bala, pasando muy cerca de su casco, interrumpió su frase, y tuvieron que adentrarse corriendo al interior de la grieta para evitar nuevos impactos directos. Pudieron observar que, a medida que se adentraran, la hendidura iba agrandándose.

Llevarían recorridos unos cien metros, cuando vieron brillar a lo lejos una luz, y la voz de Aldo les llegó claramente por los micrófonos del casco.

-¡Por aquí! ¡Me parece que he descubierto una salida!

Los dos hombres pensaron inmediatamente en un paso que conduciría al otro lado de la vertiente del cráter, y lanzaron un suspiro de alivio,

apretando el paso.

Pero estaban equivocados. Lo que había descubierto Aldo no era una salida, sino una entrada. Una entrada a un mundo nuevo y sorprendente, que ni siquiera podían imaginar.

CAPÍTULO VII

El mundo de los "diablos"

Cuando, después de una corta carrera, llegaron al lado de Aldo, pudieron observar que se encontraban en una amplia cavidad rocosa de más de treinta metros de largo por un igual de ancho. A la tenue luz de la linterna del italiano, solamente se veían oscuras paredes, sin asomo de luz por parte alguna. Pero la salida, según había dicho Aldo, existía. Ernst preguntó:

-¿Estás seguro que se trata de una salida?

-Pues... en realidad, a mí me lo parece, aunque no la he explorado lo suficiente para estar seguro. De todos modos, siempre es una esperanza, ¿no os parece?

Había principiado el tuteo, y Kraun lo imitó. Entre compañeros de aventuras era una tontería tratarse de usted, como si estuvieran en una fiesta de alta aristocracia.

-Puede que no tengas razón, pero mientras haya una esperanza no estará todo perdido. Vamos allá.

Guiados por Aldo, los dos hombres se dirigieron hacia un extremo de la estancia, deteniéndose casi junto a la pared. Aldo alumbró el suelo, dejando ver un agujero de unos tres metros de diámetro cuyo fondo no podía apreciarse a primera vista.

-No creo que esto tenga nada de extraordinario -dijo Ernst, desilusionado-; un simple hoyo en la tierra, y nada más. Creo que te has equivocado, Aldo.

-Sí, ¿eh? Esto pensé yo también al principio, pero observad ahora.

Apagó la linterna, y los tres hombres miraron haría el lugar donde estaba el agujero. Al principio no vieron nada, pero cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad reinante, pudieron distinguir allá al fondo una débil claridad de un color rojizo. Kraun murmuró, mientras daba un golpe a Aldo para que encendiera de nuevo la linterna:

-Me parece que es demasiado profundo para que dé a la superficie.

-Puede que sí, pero también puede ser una especie de agujeros de topos. Primero se hunde en la tierra, y después vuelve a remontarse a la superficie. De todos modos yo prefiero aventurarme por aquí a caer en manos de los ''estrellas rojas". Vosotros decidiréis

-Por mí ya está decidido -respondió Ernst-. Abajo.

-Entonces -dijo Kraun, fingiendo un gesto de resignación-, no me queda más que acatar los deseos de la mayoría. De todos modos, si luego resulta un chasco, no me culpéis a mí. Yo me lavo las manos.

-¿No sabes, Ernst -dijo Aldo-, que nuestro común amigo nos ha salido un hombre de pelo en pecho? Esto no te lo habrán enseñado los millones, supongo.

-No, amigo -contestó Kraun, también en tono de chanza-, pero si te vieras embarcado en una operación de bolsa en la que arriesgas toda tu fortuna, estoy seguro que no te atreverías a encender un cigarro sin que te temblara el pulso. Hay veces que es peor una inofensiva sesión de bolsa que una peligrosa cacería en las selvas amazónicas... ¿Vamos, o no vamos?

-Vamos -decidió Ernst, encendiendo su reactor y elevándose medio metro del suelo, donde se mantuvo inmóvil.

Cuando los demás lo imitaron, se dirigió mediante ligeros movimientos del cuerpo hacia el agujero, mientras se ponía en contacto con Newton.

-¿Cómo va esto por ahí afuera?

-Estacionario, señor. No dejan de disparar hacia la grieta por la que han entrado ustedes, pero no se atreven a salir. ¿Qué hago?

-Permanezca en su sitio y, si intentan salir, dispare a dar. Ellos no han tenido muchas consideraciones con nosotros.

-Bien, señor.

Ernst redujo un poco la potencia del reactor y se fue hundiendo lentamente en el agujero, seguido por Aldo y Kraun. Newton había oído por radio la conversación sostenida entre ellos poco antes, y no se asustaría si llegara el caso que aparecieran a su espalda. Ahora toda su atención debía concentrarse en el descenso.

Aldo apagó la linterna y fueron descendiendo a oscuras, si bien la luz de los reactores alumbraba fantasmagóricamente la escena. Para evitar cualquier imprevisto choque contra las paredes, Ernst llevaba las manos extendidas en cruz y los pies algo separados, advirtiendo a los que le seguían las desigualdades de las paredes que podía notar. La luz, bajo ellos, se veía cada vez más cerca y Ernst pudo apreciar que el túnel se iba ensanchando. Apenas dos minutos después, éste se abría formando una regular cueva, inundada completamente por aquella extraña luz rojiza.

Cuando tocaron con sus pies el suelo, pudieron observar que la luz provenía de otro túnel situado en uno de los lados de la cueva, en sentido horizontal.

-Esta luz no parece natural, amigos -dijo Kraun-, y mucho menos es la luz del sol. Me temo que en vez de ir a la superficie iremos a parar al infierno.

-¡Y un cuerno! -exclamó Aldo-. Si esta luz proviene de algún sitio, este sitio tendrá algo de particular que produzca esta luz, y entonces...

-¿Qué?

-Bueno... entonces ya pensaremos algo.

Mientras Aldo y Kraun hablaban, Ernst se acercó al túnel de donde provenía la claridad. Aunque ésta entorpecía algo la clara visión de los detalles, se podía apreciar a simple vista que el túnel no era muy profundo, apenas unos cuatro o cinco metros, y sin duda debía desembocar en una amplia caverna, de la cual provenía la misteriosa luz. Los tres amigos se reunieron en la entrada y Ernst preguntó:

-¿Qué hacemos? ¿Entramos o no entramos?

-Entramos -respondieron casi a dúo Aldo y Kraun.

Y sin ulterior explicación, penetraron en el túnel decididamente.

Ernst no se había equivocado en sus cálculos, pues éste apenas tendría unos cinco metros de longitud por unos dos de anchura. Cuando desembocaron en su término, llegaron a una caverna de amplias dimensiones, de la que no se podía apreciar ningún detalle concreto a causa de la intensa luz que lo inundaba todo, y a la cual no estaban acostumbrados.

Permanecieron unos momentos inmóviles, silenciosos, parpadeando deslumbrados hasta que, poco a poco, sus ojos fueron acostumbrándose a la claridad reinante. Y entonces un grito de estupor se escapó de las tres gargantas.

El lugar donde se encontraban era, como habían supuesto al principio, una enorme caverna de más de dos kilómetros de longitud por otros tantos de anchura, formada totalmente de rocas, al parecer de color negruzco, aunque la luz dificultaba la clara percepción de los detalles. Respecto a esta misma luz, provenía de un enorme disco situado a pocos metros del techo, completamente inmóvil y, al parecer, suspendido de la nada.

Pero no era esto lo más asombroso, sino que, un poco más abajo, pero flotando en el aire sin ningún soporte, una enorme y complicadísima

maquinaria vibraba acompasadamente, demostrando poseer una energía interna impropia de un sitio totalmente desierto corno aquel.

En los momentos que siguieron, los tres hombres pudieron contemplar a su entera libertad aquel extraordinario ingenio.

Se trataba de una especie de depósito cilíndrico, de apariencia metálica, de unos cincuenta metros de longitud por unos treinta de anchura. Estaba apoyado horizontalmente sobre una plataforma metálica de gran espesor, llena en su totalidad de cables y pequeñas cajitas cúbicas que temblaban a impulsos de la máquina. Más abajo de la plataforma, y también flotando en el aire, una especie de cuadro de mandos, conectado con el resto de la maquinaria por dos largos cables que colgaban fláccidos, dejaba ver una multitud de lucecitas que se apagaban y se encendían con vertiginosa rapidez, como si guiñaran su multitud de ojillos a los visitantes.

Kraun se había puesto serio repentinamente, apretando con desusada fuerza su fusil. Aldo, siempre alegre y dicharachero, parecía ahora haber perdido su buen .humor, y miraba fijamente aquel extraño aparato, como hipnotizado. Incluso Ernst, siempre dueño de sí mismo, se encontraba ahora indeciso, sin saber que partido tomar. Lo único que se le ocurrió decir fue:

-Me escuecen los ojos.

El yelmo que portaban tenía el cristal hecho especialmente para filtrar los terribles rayos cósmicos, así como las demás radiaciones normales que podían perjudicar al ojo humano. Sin embargo, aquella claridad, a pesar de ser filtrada, hería los ojos. Ernst pensó en lo que sería sin la protección de las escafandras. Y mientras pensaba esto, sus oídos captaron algo en lo que hasta entonces no había prestado atención.

El interior de una escafandra de vacío, completamente hermética, es un cúmulo de pequeños ruidos donde se mezclan los latidos del corazón, el ruido de la respiración, el siseo del aire al entrar y ser expulsado del yelmo, la respiración de los compañeros, amplificada por los auriculares... Pero entre todo este cúmulo de pequeños ruidos, a los cuales Ernst ya se había acostumbrado, había uno desconocido hasta entonces. Era una especie de apagado rugido, muy semejante al runrún del motor de un coche en pleno funcionamiento. Sus ojos, fijos en la enorme máquina que estaba frente a ellos, captaron los estremecimientos de todas las partes de la misma, al mismo compás del runrún que resonaba dentro de su casco. Su mente relacionó los

dos fenómenos y, enseguida, la conclusión lógica llegó hasta su cerebro. Si el ruido de la maquina llegaba hasta él, era que había un medio de transmisión que no podía ser el suelo, ya que la máquina no estaba apoyada en él. La única explicación era que en aquella caverna había aire, una masa gaseosa que permitía la transmisión del sonido del aparato, que pasaba a través de sus cascos llegando incluso hasta sus oídos. ¡Allí había atmósfera!

Aldo también parecía haberse dado cuenta de ello por la forma en que oteaba el alrededor, y Ernst se lo comunicó. Por toda contestación el italiano sacó de uno de los muchos bolsillos de que estaba provisto su traje una caja de cerillas, que Ernst se preguntó cómo podían estar allí cuando era un objeto completamente inútil en un mundo sin atmósfera... conocida. Pero Aldo ya estaba intentando encender una, cosa que no consiguió a pesar de sus esfuerzos.

-No hay oxígeno -murmuró desalentado.

Mientras ellos dos se dedicaban a aquellas experiencias, Kraun había permanecido mirando fijamente el sorprendente aparato, como hipnotizado. Por su mente solamente desfilaban las escenas de la desaparición de la Luna, la pérdida de su fortuna y las causas de lo uno y lo otro. Porque Kraun estaba seguro de que aquélla era la causa de todo lo acaecido.

-Este maldito aparato... -murmuró con voz queda, pero lo suficientemente audible para que Aldo y Ernst volvieran a prestar atención al extraordinario objeto.

Kraun volvió a hablar, como si no existiera allí nadie más que él.

-Es una máquina demasiado extraordinaria para tener una finalidad sencilla. Parece destinada para una gran empresa, algo majestuoso... ¡Esta máquina es la que mueve la Luna!

Ni Aldo ni Ernst supieron qué responder a esta afirmación categórica del ex-millonario. Parecía disparatada y fuera de toda lógica, pero... si no era así, ¿para qué serviría?

Kraun parecía fuera de sí, y su rostro reflejaba bien a las claras la furia que le dominaba. De entre sus labios, fuertemente apretados, surgió una amenaza:

-¡Tú eres la causa de mi ruina, maldita, tú eres la culpable de todo! ¡Tú!

En un movimiento rapidísimo. Kraun se echó el rifle a la cara,

dispuesto a disparar contra el aparato. Ernst, comprendiendo su propósito, se lanzó sobre él intentando arrebatárselo, cosa que consiguió aunque no pudo evitar que Kraun disparara una vez. Por suerte, la flecha salió desviada y fue a estallar inofensivamente en la pared fronteriza.

Ernst le arrebató el rifle, furioso. Duramente, le increpó.

-¿Sabe lo que hace? Si, como dice, esta máquina es la causante de la desaparición de la Luna de su órbita, solamente ella puede volver a llevarla a su sitio. Si la destruye, solamente conseguirá que quede como un satélite perpetuo de Saturno.

Kraun pareció comprender su estupidez, y bajó la cabeza, avergonzado. Murmuró, con un hilo de voz:

-Perdóneme. Me puse furioso y no supe lo que hacía. Créame que lo lamento...

-¡Bah! No tiene la menor transcendencia -Aldo, como queriendo quitarle importancia a la situación, le dio unos amistosos golpecitos en la espalda, a la vez que guiñaba el ojo disimuladamente a Ernst-. A todos nos pasa esto alguna vez, y no por ello nos echamos a llorar. Lo mejor es ir a ver de cerca esta “maravilla”. ¿No os parece?

Kraun afirmó con la cabeza, mientras Ernst le volvía a poner el rifle entre las manos. Comentó:

-¿Quién puede haber construido esto?

Lo sucedido pocos momentos antes estaba ya olvidado, y parecía como si nada hubiera pasado. Pero no era cierto. El disparo había despertado profundos ecos en la caverna, y pronto se darían cuenta de ello.

Del cilindro metálico pareció surgir, de repente y sin que ninguno de los tres intrusos se apercibiera, una prolongación en forma de tubo, con un agujero en la parte central, por el que empezaron a salir unos pequeños seres que se iban agolpando al borde de la plataforma, contemplando a los tres hombres con ojillos escrutadores.

Eran muy pequeños, de apenas treinta y cinco centímetros de estatura, y su forma recordaba vagamente a un perro. Al igual que éstos, tenían rabo y una cabeza provista de un hocico alargado y húmedo y dos orejas puntiagudas, erectas en posición de alerta. Pero lo que los diferenciaba de estos animales era sus patas. Las dos posteriores se parecían enormemente a las de los simios, mientras las anteriores no se parecían en nada a las de

ninguna especie conocida. En realidad, ni siquiera se las podía llamar patas, ni manos. Surgían de la base del hombro, casi del cuello, y formaban en su nacimiento una especie de tubo de unos dos centímetros de longitud. Desde allí, se bifurcaban en una especie de flagelos o látigos, en número de diez, de una longitud aproximada de unos veinte centímetros. Sin embargo, había dos que no se parecían en nada a los demás, Eran más cortos, y su parecido recordaba lejanamente a los dedos, si bien estaban divididos en seis segmentos o articulaciones, que se podían mover a voluntad en todos sentidos.

Pero si su figura ya era de por sí rara y sorprendente, más lo era su color, un rojo vivo, intenso y brillante, acentuado más aún por la carencia total de pelo. Un color que hacía aparecer a aquellos seres como auténticos diablos, puestos en el adecuado marco de su infierno particular.

Kraun fue el primero en darse cuenta de la existencia de aquellos seres, y de su boca salió una exclamación de sorpresa, al tiempo que preparaba instintivamente su fusil, dispuesto a disparar al menor signo hostil de aquellos.

Ernst y Aldo miraron también hacia el lugar que había acaparado la atención de Kraun y, al apercibirse de la situación, aprestaron también sus armas. Frente a ellos, mirándolos fijamente con ojos que no parpadeaban, casi una veintena de rojos seres los contemplaban. No parecían tener intenciones hostiles; a la forma que tenían de mirarlos más bien se la podría llamar de asombro y curiosidad.

-¿Quiénes pueden ser? -susurró Ernest, con la boca apretada para que no se apercibieran que hablaba.

-¿No lo estás viendo? -respondió Aldo en el mismo tono-. Son “diablos”. Demonios que acaban de salir de su caldera. ¿Qué te creías que eran?

-¿Por qué no se mueven? -dijo Kraun, que empezaba de nuevo a perder el dominio de sus nervios-. ¿Por qué no hacen algo?

-Permanezca inmóvil, Kraun. Que vean que no tenemos intenciones hostiles. Piense que no traen nada parecido a un arma.

Uno de aquellos seres se volvió hacia los demás, y una especie de gorjeo, algo semejante al cacarear de una gallina, se escapó de su .garganta. Otro le contestó con parecidos sonidos mientras se retiraba hacia el interior del cilindro, cuya puerta de acceso permanecía abierta.

-¡Van a buscar armas, Slinder! -la poca serenidad que todavía le quedaba a Kraun se esfumó como por encanto-. ¡Hay que impedirlo!

-¡Espere, Kraun, no dispare!

Pero éste ya se echaba el fusil al hombro, apuntando al grupo de "diablos". Ernst comprendió que si no lo impedía el ex-multimillonario dispararía contra ellos, y con rapidez golpeó con el cañón de su fusil el brazo de Kraun, que soltó una ahogada maldición.

Quizá si los fusiles que llevaban hubieran disparado balas comunes en vez de flechas con cabeza atómica, se hubiera podido salvar la situación. Porque, a pesar del golpe que recibió de Ernst, Kraun todavía tuvo fuerzas para disparar y su flecha fue a caer en la metálica plataforma, a pocos pasos de los pies de los pequeños seres. El proyectil estalló y, junto con la pequeña explosión nuclear, volaron por los aires fragmentos de "diablos", alcanzados los primeros por la onda explosiva.

Al instante, un gorjeo infernal se levantó del grupo, mientras todos se retiraban apresuradamente hacia el interior del cilindro. Kraun, inconsecuente, volvió a echarse el rifle a la cara y esta vez fue Aldo quien tuvo que intervenir. Más drástico que su amigo, dio un fuerte empujón a Kraun, mientras le arrebataba el arma de un manotazo. Al ver que el ex-multimillonario intentaba revolverse, no dudó en aplicarle una llave en el brazo, inmovilizándolo completamente.

-Es mejor irnos de aquí, Ernst -dijo-. Esto se pondrá feo dentro de poco. Si queremos, luego podemos volver con más refuerzos.

-Tienes razón, Aldo. Vamos.

Todavía sujetando a Kraun, Aldo recogió su fusil y el del otro, y echó a andar hacia la salida, precedido por Ernst. Habrían recorrido ya unos diez metros, cuando una exclamación de sorpresa de este les hizo detenerse.

-¡Nos han cerrado el camino!

En efecto, frente a ellos, dos gruesas barras metálicas en forma de aspa, de más de cinco centímetros de diámetro, les cerraba completamente la salida, dejándolos aprisionados en aquella caverna donde no encontrarían más que la muerte o la destrucción.

Rápidamente volvieron sobre sus pasos, y Aldo soltó a Kraun, devolviéndole su fusil.

-Ahora sí podrás disparar a gusto. Ocasión no te faltará.

Cuando volvieron a desembocar en la amplia cueva, una veintena de “diablos'' los esperaban al borde de la plataforma. Pero esta vez no iban desarmados. De su brazo izquierdo colgaban una docena o más de pequeñas flechas, como arpones. Pero en ninguna parte se veía asomo de arco para lanzarlos.

La duda que pudo asaltar a los tres hombres a este respecto se disipó muy pronto. A un gorjeo del que parecía ser el jefe, todos tomaron con la derecha uno de aquellos arpones. Sujetándolo con sus dos dedos articulados por la parte anterior, apoyaron uno de sus tentáculos en la parte trasera, con el cual le dieron el impulso, mientras soltaban los dos dedos articulados que hasta entonces lo sujetaban. El resultado fue que unos quince arpones al menos salieron disparados hacia el lugar donde ellos se encontraban, teniendo que dejarse caer al suelo con rapidez para no ser alcanzados por ninguno de ellos.

-¿Qué hacemos, Ernst? ¿Disparamos?

Los pequeños seres estaban preparando otro arpón, y Ernst comprendió que allí se jugaba su vida... o la de los otros. Hizo una seña afirmativa a Aldo, y enfiló su rifle hacia el grupo de enemigos.

Su flecha y la de Aldo salieron casi al unísono, explotando entre el grupo de “diablos", a los que causaren enormes bajas. El segundo disparo de los dos hombres acabó definitivamente con el grupo de pequeños seres.

Ernst se levantó, siendo imitado por Aldo. Entre los dos ayudaron a levantar a Kraun, que se hallaba sumido en una especie de estupor que le hacía permanecer completamente inmóvil.

-Solo nos faltaba esto -rezongó Aldo-. ¡Vamos, Kraun, que hay que salir de aquí pitando!

Nervioso ya, volvió a cargar con el ex-millonario, dirigiéndose con Ernst hacia la salida.

Pero no pudieron llegar a ella. Cuando estaban a pocos pasos de alcanzar el lugar donde estaban las dos barras de metal, la rojiza luz que los había alumbrado hasta entonces se apagó de repente.

Y al volver los dos hombres a la caverna, pudieron ver una multitud de puntos luminosos que, entre las tinieblas, los contemplaban fijamente.

CAPÍTULO VIII
Regreso

Se sucedieron unos momentos de completa inmovilidad en la cueva. Los “diablos” (no se sabía de dónde habían salido tan rápidamente) los contemplaban fijamente, sin ningún parpadeo, con aquella fosforescencia rojiza de sus ojos que los hacía parecer más diabólicos todavía.

-¡Nictálopes! -exclamó Aldo.

Ernst no le respondió. En aquellos momentos su cerebro trabajaba al igual que una locomotora. Si aquellos seres eran nictálopes, o sea, podían ver en la oscuridad, no tenían ninguna ventaja en aquella nueva situación, salvo... ¡salvo si “sabían” que ellos no tenían aquella facultad!

Entonces comprendió Ernst el peligro en que se encontraban. Sus enemigos podían verles a ellos, ¡pero ellos no podían ver a sus enemigos!

-¡Échate al suelo, Aldo!

De un empujón, arrojó al inmóvil Kraun al suelo, mientras él le imitaba, al tiempo de oír el choque del cuerpo de Aldo contra tierra, a su lado.

Inmediatamente, varios silbidos se oyeron por encima de sus cuerpos, en el punto en que poco antes se encontraban sus cabezas.

-Estamos en una ratonera, Aldo -murmuró Ernst quedamente.

-¡Ojalá estos bicharracos fueren ratones!

Aunque su posición había mejorado, no por esto se encontraban fuera de peligro. Aquellos seres rectificarían su puntería y...

Sin dudarlo un instante, Ernst disparó su fusil hacia el grupo de ojos. La escena se iluminó por unos segundos con la cegadora luz de la pequeña explosión atómica, y varios agudos gorjeos se escaparon de las gargantas de los ‘'diablos” heridos.

Pero esto no pareció amilanar al resto de pequeños seres, que siguieren lanzando sistemáticamente sus arpones hacia los tres hombres.

-¡Están afinando la puntería, Ernst! -exclamó Aldo-. ¡Nos van a atravesar!

-¡No hables tanto y sigue disparando!

Las flechas con cabeza atómica iban causando cada vez más bajas entre los “diablos”, pero éstas eran pronto cubiertas por otros nuevos que salían del cilindro. Parecía una procesión sin fin de rojas figuras, iluminadas fugazmente por los relámpagos de las explosiones.

-¿De dónde saldrán tantos bichos? -murmuró Aldo, apretando por enésima vez el gatillo.

Porque parecía imposible que un cilindro de aquellas dimensiones pudiera contener tantos seres como salían por la abertura. Parecía imposible, pero los ojos de los tres hombres lo veían.

Kraun, que parecía irse recuperando poco a poco del choque mental recibido poco antes, contemplaba con ojos desorbitados la escena. Los relámpagos de los disparos, los pocos arpones que llegaban hasta ellos sin ser desviados por la onda explosiva de los disparos, y los rojos seres moviéndose continuamente, daban a la escena una fascinación terrorífica. Y los nervios de Kraun no eran lo suficiente fuertes para resistir aquella visión.

Tal vez por esto cometió su tercer error.

Aunque quizá no podría llamársele error, ya que salvó momentáneamente la situación. Pero en sí, el hecho de disparar nerviosamente su fusil hacia el cilindro, causa aparente de todas sus preocupaciones, fue una inutilidad, más contando que la flecha resbalaría por la metálica superficie del mismo, estallando inofensivamente bajo él.

Pero aquí residió lo sorprendente del caso. Porque la flecha no sólo no resbaló sobre la superficie, sino que se clavó profundamente en ella estallando en su interior.

Y el enorme cilindro de apariencia metálica, con todo lo que contenía en su interior, reventó como una fruta madura.

Los quince segundos siguientes a este hecho fueron apocalípticos. Los trozos de cilindro, apenas un centímetro de grandes, volaron por los aires en todas direcciones, junto con fragmentos de roja carne, materialmente pulverizada, que fue a estrellarse contra las paredes, salpicándolas de un rojo intenso.

Cuando la luz producida por la explosión y los numerosos cortocircuitos producidos en el cuadro de mandos se apagó, una intensa oscuridad invadió el ambiente. A los minutos de ruido ensordecedor sucedieron unos instantes de intensa calma, en los que ninguno de los tres hombres se movió. Finalmente, Aldo tomó de nuevo su linterna y la encendió proyectando su luz hacia la figura de Ernst, que aparecía ahora cubierta de una gran cantidad de pequeñas manchas rojas.

-¡Chico, ni que fueras un tomate! -exclamó, intentando diluir un poco

el ambiente de tragedia que se cernía sobre ellos.

Ernst intentó sonreír, no logrando componer más que una burda mueca que en nada se parecía a una sonrisa. Kraun murmuró, en un hilo de voz:

-Yo no quería...

-No se preocupe demasiado, Kraun. Más que un perjuicio nos ha hecho un favor.

-A costa de todos estos seres... -dijo Kraun, en tono deshinchado.

-A costa de todos estos seres, sí, pero si no hubieran sido ellos, hubiéramos terminado por caer nosotros. Los últimos arpones iban muy bien dirigidos.

Lanzó una mirada alrededor, sin ver absolutamente nada. Aclaró:

-Si estos seres han podido trasladar toda esta maquinaria hasta aquí dentro, por fuerza habrá de existir otro acceso al exterior, ¿.no os parece?

Ernst se limitó a encogerse de hombros, mientras Kraun asentía desvaídamente. Como de común acuerdo los tres se pusieron a andar, recorriendo casi sin rumbo fijo toda la pared de la amplia caverna sin encontrar de momento ninguna oquedad que demostrara existía un paso al exterior. Mientras andaban Ernst comunicó con Newton, que les informó que en la superficie la situación se mantenía estacionaria. Los rusos no asomaban la cabeza fuera de la astronave, y él se limitaba a disparar de vez en cuando una flecha para que supieran que todavía estaba allí. Sin embargo, pronto se le terminarían las municiones, y entonces estaría perdido.

-No dispare si no le dan motivo para ello -le indicó Ernst.

Apenas acababa de pronunciar estas palabras cuando Aldo, que iba en cabeza, se detuvo lanzando un estentóreo “¡hurra!” que hizo retemblar toda la caverna con sus ecos. En la pared, y a pocos pasos de ellos, se divisaba una amplia oquedad que sin duda conduciría al exterior.

Iban ya a penetrar por ella, cuando la luz se hizo de nuevo. El rojo disco que pendía suspendido a pocos metros del techo se había encendido nuevamente, mostrando a los ojos de los tres hombres un espectáculo desolador.

La plataforma metálica que sostuviera al cilindro yacía retorcida en el suelo, mostrando la mayoría de sus cables y cajitas de metal completamente destrozadas. Pero no era esto lo más sobrecogedor, sino el intenso color rojo

que inundaba toda la caverna, un color rojo viscoso, como alquitrán, que se pecaba en todas partes, incluso en las ropas de los tres hombres. Un color que... ¡que se iba diluyendo poco a poco al contacto con la luz roja, hasta desaparecer por completo!

Los tres hombres contemplaron asombrados aquel inusitado espectáculo, mientras imaginaban la explicación lógica a aquel inexplicable suceso. ¿Por qué motivo desaparecía lo que a no dudar eran los despojos de lo que fueran aquellos fantásticos seres? ¿Qué explicación cabía darle?

Aunque ninguno de los tres supo explicarse el misterio, todos estuvieron conformes en que la luz roja, dimanando de aquel globo suspendido de la nada, era la causante directa de aquella desaparición.

Porque, si no, ¿a qué podía atribuirse ésta?

Ernst se dijo que era mejor no devanarse los sesos buscando el porqué a lo que era de por sí inexplicable. La cuestión principal era salir de allí cuanto antes, y a esto se dedicaron los tres, adentrándose por el pasillo de dura roca que formaba la cavidad.

Poco tiempo después, la luz roja quedaba a sus espaldas totalmente extinguida por la distancia, y tenían que usar de nuevo la linterna para ver el camino.

Habrían andado unos quinientos metros cuando el pasadizo se hizo más amplio a la par que iniciaba una ascensión que se hacía cada vez más pronunciada, hasta llegar a ser vertical. Usando los reactores individuales, los tres hombres se remontaron en el aire hasta desembocar en un amplio cráter que comunicaba con la superficie.

En realidad no era un cráter propiamente dicho, sino más bien la parte exterior de un volcán apagado, ya que sus accidentadas paredes estaban totalmente formadas do lava. Aldo comentó:

-Es un camuflaje perfecto la entrada a este mundo particular. Nadie se aventuraría a penetrar en el cono de un volcán sin saber si estaba en actividad.

-Puede ser, pero recuerda que en la Luna no se ha advertido ninguna señal de actividad desde hace miles de años.

-¡Oh, sí, pero esto no da pie para que no te haga ¡pum! bajo tus pies!

Por tácito y silencioso acuerdo, habían resuelto no hablar más de la mantaza sucedida hacía poco. Con los últimos vestigios de roja materia adherida a sus trajes, parecía haberse ido el hálito de la tragedia, de modo que

todo lo sucedido parecía estar muy lejos, infinitamente lejos en el tiempo. Lo que sí lamentaba Ernst era no saber los motivos de la estancia de aquellos seres en la Luna, ni el funcionamiento de aquel extraordinario aparato.

Pero lo que no sabían ni Ernst ni sus compañeros era que el tiempo se encargaría de revelárselo de una forma muy diferente a todo lo que pudieran imaginar...

* * *

El regreso a la astronave fue de lo más sencillo. Una vez localizado el cráter donde se hallaba Newton, los tres hombres se dirigieron hacia allí, reuniéndose con él. Una vez en poder de los cuatro reactores individuales, sacar el heliocóptero de la zanja en que estaba oculto fue solo cuestión de minutos, y pronto emprendieron el regreso hacia la base, a la que llegaron en contado tiempo.

Allí los esperaban ansiosos. Habían acordado comunicar con ella cada media hora y, con las emociones del momento, ninguno había pensado en hacerlo. La intranquilidad había llegado a su punto culminante cuando ellos llegaron, hablándose ya de enviar una nueva expedición de socorro.

La expedición de Huguert, Tronelli y Martín había regresado tiempo antes, comunicando el resultado: absolutamente nada. No podían decir lo mismo Ernst, Aldo y Kraun, que tuvieron que relatar punto por punto todo lo acaecido desde que abandonaron la base.

-Parece increíble -dijo Anta cuando hubieron terminado su relato los tres hombres-. Al final, yo tenía la razón.

-No lo diría yo tan rápidamente -contestó Tronelli-. Si la máquina que nos han descrito nuestros amigos es la que ha hecho moverse a la Luna, estos “diablos”, me parece los han llamado ustedes, han de tener una civilización muy avanzada. Lo normal sería hacerla avanzar con reactores gigantescos, pues hay que pensar que en el espacio no hay fuerzas que puedan ayudar al movimiento de las masas, salvo, un impulso inicial de energía pura. Yo creo que por esta vez se han equivocado, amigos.

Los oyentes no parecieron hacerle mucho caso. Era muy consolador creer que todo había terminado, y por eso nadie le prestó la menor atención Pero Tronelli prosiguió:

-He estado pensando en todo lo sucedido, y cada vez estoy más convencido de la verdad de mi teoría. No me tachen de fatuo, y óiganme unos

momentos.

Nadie tenía ganas de escucharle, pero se encontraban todos reunidos en el comedor del “vivac” y quieras o no tuvieron que hacerlo.

-Verán -principió Tronelli, sin preocuparle las pestes que mentalmente estuvieran lanzándole-. He examinado los, períodos de traslado de la Luna, amén da otros datos, y me he encontrado con lo siguiente: La Luna salió de la Tierra, y se alejó con rumbo a Marte, donde llegó en el tiempo de dos horas, el pasado día 23. Permaneció en Marte nueve días, al término de los cuales fue, también empleando dos horas, a Júpiter. Pero tenemos que aquí no ha pasado nueve días, sino solamente siete, al cabo de los cuales se ha ido a la órbita de Saturno, donde se encuentra ahora.

»Bueno. Supongamos ahora que la Luna es un ser vivo, como es en realidad (con perdón). Se encuentra cansada de ver siempre la aburrida faz de la Tierra, y de contemplar las idioteces de los hombres. Un buen día concibe la diablura de ir a visitar a todos nuestros compañeros de firmamento: Marte, Júpiter, Saturno, Urano, Neptuno y Platón, y probablemente también Mercurio y Venus. Apunta cuidadosamente, da un saltito y... se encuentra en Marte en el increíble tiempo de dos horas. Allí, en un nuevo planeta, con un amplio panorama que contemplar, se entretiene nueve días. Luego dice que ya es bastante, y se va a visitar otro planeta. Un nuevo saltito y... ¡zas!, Júpiter.

»Una vez allí, empiezan a invadirla los remordimientos. ¿Qué dirá su compañera la Tierra al ver que la ha abandonado? Además, ¿y si a uno de lo planetas que quiere visitar no le gusta que le miren y se enfada con ella?... Pero ya se ha hecho el plan de hacer de turista por el Sistema Solar, y ahora que ha empezado... En fin, que decide seguir su plan, pero acortar gradualmente las visitas. Por eso, en Júpiter solamente se nasa siete días y, si no me equivoco, en Saturno solamente pasará cinco.

»Ahora bien, el plazo de cinco días que permanecerá la Luna en Saturno termina hoy a las... -consultó su pulsera- tres y algunos minutos de la noche... bueno, de la noche que será allá en la Tierra.

»Si usted tiene razón, señor Slinder, y el cilindro de los seres que ustedes han llamado... ¡ah, sí, "‘diablos”! es el que mueve la Luna, esta noche a la hora prevista ésta no se moverá de sitio. Si soy yo el que tengo razón, la Luna continuará su camino sin que nada hubiera sucedido. ¿No les parece?

-Lo que me parece es una solemne majadería -murmuró Huguert por

lo bajo.

Tronelli no le hizo caso, y esperó que alguien más hablara. Pero un evasivo encogimiento de hombros general le respondió. Aunque ninguno hacía mucho caso a la teoría de Tronelli, nada les costaría esperar unas horas para ver el resultado. Todos estaban seguros que, fuera por la causa que fuera, la Luna no se movería ya de su sitio aquella noche ni nunca.

Ernst tomó la palabra:

-Señores, la cuestión que he de exponer yo no es tan abstracta como la del profesor. Simplemente es ésta: Los rusos han visto semiinvadido su campamento cuando menos se esperaban que hubiera alguien más aposentado en la Luna. A no dudarlo se acercarán hasta aquí, quizá con intenciones belicosas. Caso de ser así, prohíbo terminantemente que nadie dispare sin motivo justificado. Que se doblen las guardias y se vigile atentamente, pero no quiero ningún muerto inútil. Todo será más fácil aquí si los rusos quieren parlamentar con nosotros.

-Lo dudo mucho, amigo -Aldo, medio hundido en su sillón, apenas levantó la voz para hablar-. Los rusos querrán revancha, no explicaciones.

-Quizá sí, pero de todos modos ya conocen lo que han de hacer. Nada más.

La reunión se disolvió, y cada cual se retiró a su cabina.

* * *

Ernst se dirigió directamente hacia la habitación de Nina Parenko. Estaba dispuesto a saber, de una vez por todas, el verdadero motivo de la presencia soviética en la Luna, además de la misión de los proyectiles teledirigidos. Aunque la primera vez ella no hiciera más que contar una farsa de mentiras, ahora diría la verdad. El cómo lograrlo no lo sabía, pero estaba dispuesto a hacerlo.

Llegó frente a la puerta y repiqueteó suavemente en el tablero. La voz de la muchacha, algo ahogada, inquirió:

-¿Quién es?

-Slinder -Ernst se adelantó unos pasos-. Desearía hablar con usted.

-Espere un momento a que me vista.

Sin hacer honor a la creencia general de que las mujeres tardan eternidades en vestirse, la puerta de la cabina se abrió apenas transcurrido medio minuto, y la figura de Nina se enmarcó en el umbral.

En realidad, no podía decirse que se hubiera vestido. Sobre un pijama de hombre que le habían prestado, y que le venía enorme, se había colocado su mono de trabajo, lo que motivaba que las mangas y las perneras del pantalón del pijama le salieran varios centímetros por encima de éste. Ernst apenas pudo contener su hilaridad al ver la facha en que so presentaba la muchacha.

-Lo lamento -le dijo ésta-, pero ustedes no me dieron tiempo de recoger mi ajuar.

-Perdone las risas, pero ha sido la primera impresión. A pesar del... atuendo, esta realmente bonita.

-Gracias... ¿Lo he de tomar como cumplido, o bien como propaganda capitalista?

-De ninguna de las dos maneras. Solamente como la pura verdad.

-¡Vaya! No sabía que los occidentales fueran tan galantes.

-Puede ser que no lo sean, pero en cierto modo no soy tan occidental como para esto. De Alemania a Rusia no hay muchos kilómetros.

La muchacha se apartó de la puerta, dejando paso libre a Ernst. Y éste penetró en la habitación.

Como todas las del "vivac", consistía en un pequeño espacio donde se habían embutido una cama, una pequeña mesa y un par de sillas. Ernst fue a sentarse en una de estas últimas, mientras daba una ligera ojeada a la habitación.

-Lo siento -le dijo Nina-, pero todavía no he tenido tiempo de ponerle visillos a las ventanas.

-¡Oh, no importa! -contestó Ernst, mientras terminaba su repaso de la habitación, y su mirada se detenía escrutadora sobre la muchacha.

-¿Soy acaso un bicho demasiado raro? -inquirió ésta al ver que la mirada de Ernst no se apartaba ni un minuto de ella.

-No, en absoluto -mientras ella iba a sentarse al borde de la cama, sacó un paquete de cigarrillos y le ofreció uno, que esta vez fue aceptado-. He venido porque quisiera que fuéramos sinceros entre nosotros dos.

Nina encendió el cigarrillo y murmuró indolentemente:

-Está bien, sincerémonos.

Ernst se movió nervioso en la silla. Antes había visto aquella conversación como una cosa de lo más sencillo, pero ahora que se encontraba

dentro no sabía cómo enfocarla. Se humedeció los labios y dio un par de chupadas al cigarrillo.

-Verá... -se rascó la cabeza- hace unas horas salimos de exploración Aldo, Kraun y yo. Escogimos la ruta por la cual vino usted y, como por casualidad -ella esbozó una sonrisa irónica-, nos encontramos frente al campamento ruso. Allí advertimos algo que no concordaba con sus declaraciones, y que no nos gustó ni pizca.

-¿Y para decirme esto me ha despertado en lo mejor de mi sueño? Ya lo sabía hace tiempo -Nina se levantó y se acercó a Ernst-. Le dije la primera vez, cuando hice aquellas "declaraciones", que era una prisionera de guerra y que, como tal, no podía prestar juramento de la veracidad de mis afirmaciones. Por lo tanto, si dije varias mentiras, es la cosa más lógica y natural del mundo.

-Ya... Pasemos por alto este punto de sus declaraciones y vayamos a otra cosa. Mi verdadero motivo al venir aquí no era ése.

-¿Ah, no? -ella enarcó las cejas en muda interrogación.

-No. Quería hacerle una pregunta que antes no le hice por juzgarla innecesaria. Deseo saber a cuánto ascienden los recursos en efectivo de los rusos aquí.

-¿Los recursos soviéticos aquí? -ella dudó un momento-. Pues diez mil hombres... sesenta cazas a reacción... tres bombarderos... dos submarinos...

-¡Por favor!

-¿Por qué se queja? Ya le he dicho que soy un prisionero de guerra.

-Ya, ya lo sé, pero quisiera que comprendiera mi intención. Al hacer nuestra descubierta tuvimos un pequeño tropiezo sin consecuencias con los rusos, pero que ellos podrían considerar más grave y atacar este campamento sin previo aviso. Por eso deseo sabor sus recursos para organizar la defensa caso de que llegase este memento.

-Y, naturalmente, quiere que yo se lo diga.

-¿Por qué no?

-Pues porque "los rusos" son mis compañeros, y no pienso traicionarles. Soy un soldado, no lo olvide.

-Yo diría mejor que es una chiquilla que quiere jugar a soldados.

-¿Qué? -Nina se levantó rápidamente, dirigiéndose hacia el lugar

donde estaba Ernst, y le atizó un fuerte bofetón que le hizo tambalear.

Ernst se llevó la mano a la parte herida.

-¡Vaya! Como mujer que es, he de reconocer que pega fuerte.

-¡No soy una mujer, soy un soldado!

-¡Oh, sí, claro! "El partido necesita soldados, y las mujeres que se alistan en el glorioso ejército soviético pierden su categoría de mujeres para convertirse en instrumentos de combate del gran mando soviet". Lo leí hace poco no sé dónde.

Permanecieron unos momentos en silencio, cada uno rumiando sus pensamientos. Erst se levantó de su silla y fue a sentarse al lado de Nina.

-Comprenda mi situación, señorita Parenko. He de velar por una expedición en la que hay veinte hombres, y si los rusos (bueno, sus compañeros) atacan el campamento, habremos de defendernos. Sabiendo los recursos del enemigo podremos defendernos mejor, e incluso evitar bajas inútiles.

-Tiene razón -Nina, cambiando repentinamente de actitud, hundió la cabeza sobre el pecho y estuvo unos momentos silenciosa-. Estaba rabiosa y quise hacerle enfadar. Pero no puedo. Por primera vez siento tambalearse las doctrinas de mi partido.

Y se puso a sollozar apoyando su cabeza en el hombro de Ernst, que cada vez estaba más desconcertado. En un gesto maquinal, éste le acarició la cabeza, mientras murmuraba:

-¿La he ofendido? Perdóneme, yo solamente quería...

-No, Ernst -levantó la cabeza-. No me has ofendido. Solamente que me he enamorado de ti corso una tonta.

Y nuevas lágrimas se deslizaron por sus mejillas, manchando el pantalón do Ernst con gruesos goterones.

Miró a la muchacha, que en ademán inconsciente acercó su cabeza a la de él, mientras sus labios temblaban a impulso de los sollozos. Como guiado por una fuerza superior, Ernst también acercó sus labios a los de ella...

La bofetada restalló en la reducida habitación como un trueno, haciendo que Ernst vacilara y estuviera a punto de caer al suelo. Nina se levantó furiosa. Todo su llanto, todo su fingimiento de antes, habían desaparecido. En sus ojos se podía leer todo el desprecio que sentía mientras decía:

-Todos los occidentales son iguales. ¡Todos!

Ernst, acariciándose la mejilla que había sido herida ya por dos veces, se levantó también.

-Nina, yo quisiera explicarle...

-¡Cállese! ¡No quiero saber nada de usted ni de sus compañeros! ¡Váyase!

Ernst hizo un gesto de impotencia, también como si quisiera decir algo. Pero pareció pensarlo mejor y se dirimo hacia la salida.

Su mano se apoyó en el picaporte, cuando la puerta retembló al conjuro de unos golpes ciados nerviosamente desde fuera. La voz de Aldo gritó:

-¡Ernst! -y cuando la puerta se abrió y éste apareció en el umbral, agregó-: ¡Déjate de hacer el galante con la señorita y ven conmigo! ¡Los rusos están atacando el campamento!

El asombro de Ernst le dejó clavado en el lugar donde estaba. Había esperado un ataque por parte soviética, pero no tan pronto. Tras unos instantes de vacilación pareció penetrar en su mente la idea de que había que hacer algo pronto, e hizo un gesto a Aldo.

-¡Vamos!

Y se alejaron a grandes pasos, sin darse cuenta de que dejaban a sus espaldas una puerta abierta, y a Nina contemplándoles con alegría desde ella.

CAPÍTULO IX

Ataque

Mientras recorrían el estrecho pasillo que desembocaba en la cámara de aprovisionamiento, donde se enfundaron los trajes de vacío, Aldo explicó a Ernst como había sucedido todo.

Hacía apenas una hora que habían advertido por primera vez la presencia de los rusos. Aldo había tenido la idea de dotar a la guardia de un transmisor ruso, para así poder oír las posibles conversaciones que éstos desarrollaran. Claro que no podrían oír las de dentro de la nave, pues en ella no llevarían los cascos puestos, pero sí podrían oír las que se desarrollaran en el camino, si acaso atacaban el campamento.

Todo empezó cuando uno de los soldados, a cargo del transmisor, oyó que éste emitía una especie de zumbido, como el susurro apagado del motor de un coche. Podía ser todo una simple equivocación, pero por si acaso el soldado llamó a Aldo y a Kraun, que se personaron inmediatamente allí.

Transcurrieron unos minutos de silencio, en los que solo se oyó el monótono runrún ele aquel motor. Luego, e inesperadamente, llegó hasta ellos una conversación mantenida en ruso. Kraun fue traduciendo las palabras.

-El radar indica tres grados norte, camarada general -principió una voz desconocida.

-Bien. Corrige el rumbo y prepara a todos los hombres.

Un silencio, que se mantuvo durante varios minutos. Después, la misma voz de antes.

-El radar indica el interior de este cráter, camarada. Hay en la entrada una especie de laberinto que quizá conduzca a un paso al interior.

-Ya lo he observado. Envía un hombre a explorar y que diga el resultado.

Ahora transcurrieron casi veinte minutos de completo silencio, pues el vehículo parecía haberse detenido. Al cabo de ellos llególes de nuevo la voz del mismo que hablara por primera vez.

-El explorador dice que hay una entrada natural de unos treinta metros de ancho, camarada general. ¿Atacamos por allí?

-Sí. Dispón a los hombres en formación y avanzad hasta allí. Los del grupo especial escalarán el cráter y sorprenderán a los enemigos por arriba. ¡Vamos!

El silencio volvió a hacerse de nuevo y Aldo cerró el transmisor.

-Muy lacónicos estos rusos -comentó-. Sólo lo imprescindible, y basta. Por cierto, ¿por qué no habremos oído las órdenes dadas a los soldados?

-Por una razón muy sencilla, amigo -le respondió Kraun, que parecía saber todo lo concerniente a Rusia como si fuera suyo-. Los soldados llevan transmisores con una onda distinta de la de los oficiales. Éste que tenemos aquí perteneció a la señorita Parenko, que es oficial. Por lo tanto, solamente a éstos podemos oír.

-Ya. Estoy viendo que aquí todo el mundo me pasa la mano por la cara en materia de conocimientos especiales. En fin voy a avisar al dormilón de Ernst.

Y Aldo se dirigió hacia el interior del "vivac", mientras Kraun, junto con Huguert y Clochard, disponían el emplazamiento de los soldados.

-...y esto es todo, Ernst. No te encontré en tu cabina, y he estado buscándote como un loco por todas partes, hasta que he oído voces en la cabina de la "invitada". Ciertamente, no creí que fueras tan donjuán.

-Estás equivocado, Aldo -contestó Ernst, mientras se enfundaba las perneras del traje de vacío-. Intentaba sonsacarle el número de efectivos con que cuentan los rusos.

-Claro, y ella te pegó un bofetón. Yo diría más bien que intentaste propasarte y ella... ¡Plaf! -e hizo con la mano un gráfico ademán.

-¡Por Dios, Aldo! ¿Acaso no me conoces?

-Precisamente por que te conozco, amigo.

Ya habían terminado de enfundarse los recios trates de vacío, y se ajustaron los reactores individuales. Armados con sus fusiles, se dirigieron al exterior.

Allí, todos los soldados estaban distribuidos en una amplia zona de terreno que abarcaba toda la entrada. Lo accidentado del suelo, lleno de rocas y cortaduras, permitía el fácil emplazamiento. Kraun, en un rasgo de sentido común, ordenó a un soldado que se remontara a unos doscientos metros de altura para que sirviera de vigía. Allí estaría a salvo de los disparos de los rusos... a menos que éstos estuvieran provistos de reactores.

-Todavía no dan señales de vida -comunicó Clochard, atento a la radio rusa-. Este general debe ser hombre muy parco en palabras, pues todavía no le he oído decir nada.

Permanecieron unos minutos en silencio, observando atentamente la entrada del cráter. Aldo observó como si unas figuras se dirigieran hacia los lados, tomando posiciones allí, pero no le hizo mucho caso. Ernst preguntó al vigía la situación del enemigo.

-En estos precisos momentos están tomando posiciones a lo largo de la entrada. Sin embargo, todavía no disparan -informó este.

-Sin duda están seguros de que nos sorprenderán desprevenidos. No dispare nadie hasta que lo haga yo.

Transcurrieron unos minutos de completa inmovilidad por ambas partes. Los soviets, sin duda seguros de su inmunidad, seguían tomando posiciones a lo largo de la entrada. Ernst pensó en lo sorprendidos que estarían al ver que frente al barracón no había ningún soldado de guardia.

Un ruso, llevando un fusil en bandolera, se levantó e hizo un disparo al aire, para que los alemanes salieran del refugio y entonces acribillarlos a balazos.

-No disparéis -ordenó Ernst, con una sonrisa en los labios-. Dejadles hacer.

Arrastrándose, y procurando que no le vieran, se dirigió hacia la puerta del barracón y la abrió con la culata del fusil, de un golpe. Instantáneamente una lluvia de disparos cayó sobre la puerta, no hiriendo a Ernst gracias a que éste se apartó rápidamente.

-¡No disparéis! -volvió a ordenar.

Su plan estaba bien claro. Los rusos, creyendo que los otros no salían del barracón por temor a ser acribillados, se lanzarían hacia el refugio, y entonces...

Las cosas sucedieron tal como había imaginado Ernst, y por la radio rusa se pudo oír la voz del teniente.

-¡Adelante! ¡A la carga!

Y varias figuras se destacaron de la entrada del cráter, llevando los fusiles aprestados. Éste fue el momento elegido por Ernst para ordenar:

-¡Fuego a discreción!

Una barahúnda de explosiones barrió la parte ocupada por los rusos, y todos los que se habían lanzado a la carga cayeron al suelo. Los que sin duda esperaban escondidos la primera embestida de sus compañeros iniciaron un fuego graneado contra las posiciones alemanas, pero sus balas eran simples

cartuchos de pólvora, y si no acertaban directamente al blanco no causaban ningún efecto.

-Los pobrecitos se creían sorprendemos y han sido ellos los sorprendidos -dijo Aldo con una sonrisa entre dientes.

-Por suerte pudimos escuchar sus planes por radio -dijo Kraun reuniéndose con Aldo y Ernst, que habían vuelto a tomar posiciones- si no, nos hubieran cogido como nosotros hicimos con ellos, con la agravante de que nosotros no tenemos ninguna defensa exterior.

Mientras, el combate seguía con un entrecruzamiento de disparos entre ambos bandos. Ernst examinó rápidamente la situación. Los rusos se encontraban en el paso, sin atreverse a asomar la nariz. Por otro lado, había el peligro de los que subían por el cráter, que les dominarían desde arriba. Ernst envió a dos hombres que, provistos de reactor, sobrevolaron las crestas del cráter eliminando este peligro. Cuando regresaron, solamente quedaban los rusos frente a ellos.

-No comprendo cómo son tan idiotas -dijo Clochard, apoyado sobre un codo y observando con sus prismáticos los movimientos del enemigo-. Se están dejando matar corno borregos, y podrían destrozarnos rápidamente con un par de...

-¡Atención! -les interrumpió la voz del "vigía", cien metros por encima de ellos-. ¡Los rusos están transportando una especie de cañón hacia la entrada del cráter!

-¡...cañones!-terminó la frase Clochard, dando un respingo.

Inmediatamente, los disparos del enemigo arreciaron. Entonces comprendió Ernst la táctica rusa. Si hubieran abandonado sus puestos al ser sorprendidos la primera vez, ellos les habrían perseguido por el dédalo de pasillos que formaba el laberinto natural que rodeaba el cráter, y el ataque no hubiera tenido más consecuencias que algunas bajas por parte soviética. En cambio, manteniendo el fuego a pesar de las bajas, los rusos habían dado tiempo a transportar aquel cañón, que si llegaba a la entrada del cráter les destrozaría en muy contados disparos.

-Hay que impedir que este cañón llegue aquí, Aldo -dijo Ernst mientras disparaba hacia una figura que parecía haberse movido frente a él.

-¿Cómo?

-¿Recuerdas lo que hicimos en el desembarco de Orán? -Aldo afirmó

con la cabeza-. Haremos lo mismo, pero por el aire.

Aldo sonrió, recordando el episodio al que aludía su amigo. Sucedió en la tercera guerra mundial, en la que habían intervenido como comandos. Cuando las tropas alemanas desembarcaron en Orán, el enemigo les estaba hostigando las líneas mediante dos cañones de pequeño calibre, situados en dos lanchas a motor. Aldo y Ernst, provistos de pequeñas granadas especiales para actuar bajo el agua, se lanzaron al mar, nadando a regular profundidad hasta llegar bajo las embarcaciones. Una vez allí, salieron rectamente hacia la superficie, fijándolas en el casco de las naves y sumergiéndose inmediatamente. Cuando las granadas explotaron ellos ya se encontraban lo suficientemente lejos y a bastante profundidad como para que la onda explosiva no les afectara.

-Conforme, Ernst -respondió Aldo-. ¿Empleamos las espoletas magnéticas?

-Acertaste. Voy a buscarlas en un segundo. Tú toma el mando de las operaciones e infórmate de los avances del cañón.

Y se alejó hacia el barracón, en busca de lo dicho.

Al emprender la expedición el gobierno les había suministrado, en gran cantidad, les últimos inventos en materia de armamento, "por si acaso tropezaban con elementos hostiles", les había dicho Jugert. Entre ellas figuraba la que Aldo había llamado "espoleta magnética". Consistía en una especie de granada que llevaba en su interior un dispositivo magnético que la atraía hacia todo lo que fuera metálico. Se empleaba para arrojarla desde el aire (generalmente desde aviones y en gran cantidad), sobre el enemigo. El mismo dispositivo magnético la fijaba sobre el objetivo, de donde no podía despegarse si no era destruyéndola, y en este caso estallaría. Había sido muy poco usada hasta entonces, pero se decía que su efectividad era sorprendente. Por si acaso, Ernst y Aldo llevarían un par cada uno.

Arrastrándose Ernst se dirigió hacia el barracón, cerrando rápidamente la puerta y corriendo la accesoria, dispuesta para el caso de una posible avería de la primera. Poco después, y una vez traspuesta la cámara estanca, Ernst se dirigió hacia el almacén, quitándose el casco de vacío.

Penetró resueltamente y se quedó de una pieza al ver frente a él la figura de Nina Parenko embutida en su traje de vacío, al que le faltaba la emisora, y empuñando una pistola apuntada hacia él.

-Me alegro de verle de nuevo, *herr* Slinder. Usted y yo tenemos una pequeña cuenta que saldar.

-Pe... pero -balbuceó Ernst. en el colmo de su asombro.

-Sí, “capitán”. Aunque no soy ninguna prisionera, se olvidaron de ponerme delante su habitual cancerbero, y yo lo he aprovechado ingratamente para escapar. ¡Levante las manos!

-Está usted loca, Nina -intentó convencerla Ernst mientras levantaba los brazos lentamente-. Allá afuera sus amigos están transportando un cañón con el que piensan destruir todo esto. ¡Y usted también volará por los aires con nosotros! ¿Acaso le agrada la perspectiva de morir?

-No, no quiero morir, y no moriré. Ni yo ni ustedes. Usted dará a sus hombres la orden de rendición incondicional y no sucederá nada. ¡Vamos!

Ernst hizo trabajar rápidamente el cerebro. Sólo veía una solución, aunque muy arriesgada. Negó lentamente con la cabeza.

-No, Nina. No voy a dar ninguna orden. Ni siquiera voy a moverme de aquí. Prefiero que volemos todos por los aires a que los rusos nos cojan prisioneros.

-No diga tonterías, Slinder. Siempre que queda vida hay esperanzas, y usted puede vivir si lo desea. ¡Vamos, salga y dé la orden!

Ernst volvió a denegar con la cabeza.

-¡Estúpido! -taconeó ella con impaciencia-. ¿Quiere conseguir que volemos todos?

Miró alrededor, como buscando aleo que pudiera servirle para convencer a aquel hombre. Sus ojos se detuvieron de pronto en dos aparatos de radio colocados en un estante, que identificó rápidamente como los de sus compañeros que yacían enterrados a pocos metros del campamento. Con una sonrisa brillándole en los azules ojos, se dirigió rápidamente hacia allí y tomó uno, moviendo rápidamente sus diales sin cesar de apuntar a Ernst. Poco después lograba establecer comunicación con los rusos, y hablaba con el jefe de ellos.

-Aquí el teniente Parenko. Deseo hablar con el general Vora.

-Soy yo mismo -le respondió una voz-. ¿Qué deseas, camarada?

-He logrado hacer prisionero al jefe de los enemigos -respondió ella triunfante-, y espero dominar pronto la situación. Suspende el ataque que tenías proyectado y te garantizo la rendición incondicional de todos ellos.

El general soviético pareció meditar la proposición de la muchacha, y respondió, tras un tiempo de silencio:

-Conforme, camarada Parenko. Si consigues este objetivo, tu acción heroica será conocida por el Comité General de Moscú. Suspendemos el ataque inmediatamente. Buena suerte.

Nina cortó la comunicación y se volvió hacia Ernst. Éste permanecía inmóvil frente a ella, semejante a una estatua. Dijo, con exasperante lentitud:

-No creí que su fanatismo llegara tan lejos, aunque debí figurarme que una moscovita procedería de esta manera.

-Puede creerse lo que quiera -le respondió ella-, pero yo tampoco creía que ustedes fueran tan viles como para asesinar a dos personas y capturar a otra sin saber las intenciones que tenían.

-Las intenciones ya las hemos visto sobradamente. Intentar aniquilar este campamento le parecerá una gesta propia de héroes, ¿verdad?

-No siga por este camino, Slinder. No logrará nada -hizo un gesto con la pistola y ordenó-: ¡Vamos, salga afuera!

Pero Ernst había tomado su resolución, y negó con la cabeza.

-No conseguirá que me mueva de este sitio, ni de grado ni por la fuerza. Si lo desea puede matarme, pero no haré lo que quiere.

Ella permaneció unos momentos indecisa. Ahora que no existía la amenaza de que sus compañeros quisieran destruir aquel luga, no tenía ninguna prisa, pero tampoco le convenía perder el tiempo en discusiones inútiles.

Y ella no sabía que, fuera, Aldo comenzaba a impacientarse por la tardanza de su amigo, y que esto era lo que Ernst quería que sucediese...

* * *

Aldo observó un repentino alto el fuego del enemigo, que fue seguido por un esporádico tiroteo sin más fin que el de demostrar que los rusos todavía se encontraban allí. Y esto le hizo sospechar que algo anormal sucedía. Por unos momentos pensó en que el cañón había llegado ya a su destino, pero el vigía aéreo informó que éste se había detenido a mitad de camino, quedándose allí definitivamente. Esto sorprendió a Aldo, y decidió averiguar qué pasaba. Además, Ernst empezaba a tardar demasiado.

Nervioso, decidió ir primero a ver qué sucedía a Ernst. Encomendó a Clochard la dirección de la defensa y siguió los pasos de su amigo hacia el

interior del barracón.

La esclusa de aire que servía de entrada al mismo daba directamente a un pasillo, a cuyo extremo, y ocupando la primera puerta, se encontraba el almacén. Allí había ido Ernst, y allí supuso lo encontraría.

Había traspuesto ya la esclusa, y se quitó el yelmo. Entonces le llegó a los oídos unas palabras pronunciadas por su amigo.

-No conseguirá que me mueva de este sitio, ni de grado ni por la fuerza. Si lo desea puede matarme, pero no haré lo que quiere.

Aldo comprendió que algo raro sucedía, y preparó su revólver. Lentamente fue avanzando hacia la puerta del almacén, que permanecía semiabierta, a tiempo de oír la voz de Nina.

-No quiero matarle, Slinder, pero tampoco quiero que ustedes maten más rusos. Será mejor que obedezca, se lo aconsejo.

-No es necesario que me aconseje nada, Nina -replicó Ernst, cuyo fino oído había captado mi pequeño ruido en el pasillo-. Todo se resume a una cuestión de principios. No conseguirá lo que se propone de ninguna de las maneras.

Las últimas palabras coincidieron con la aparición de Aldo en el umbral sosteniendo el revólver, con el que apuntó a la muchacha. Al tiempo, exclamó:

-¡No se mueva, señorita Parenko, o me veré obligado a disparar!

Pero ella no pareció hacer caso de su amenaza y se volvió rápidamente hacia él, moviendo el arma en abanico. Ernst comprendió que Aldo se vería obligado a hacer fuego, y exclamó:

-¡No dispares, Aldo!

En veloz movimiento se arrojó contra la muchacha en una arriesgada plancha y su cabeza chocó con fuerza contra el estómago de Nina, que lanzó un ahogado grito de dolor. La pistola que sostenía se disparó, no se supo si siguiendo la voluntad de ella o por efectos del golpe, y los dos cayeron al suelo en confuso montón.

El disparo estalló en la pared fronteriza, a pocos centímetros de la cabeza de Aldo. Por suerte para éste las pistolas atómicas formaban equipo solamente con los trajes de vacío, y Nina, al colocarse el suyo al que le faltaba el arma, había cogido una de la reserva, únicamente de pólvora.

Ernst se levantó rápidamente del suelo empuñando el arma que poco

antes tenía Nina entre sus manos. Apuntando directamente a la muchacha, le ordenó que se levantara.

-Bien, ahora han cambiado las tornas ¿no le parece?

Ella se limitó a dirigirle una furiosa mirada, mientras en el interior le lanzaba los ¡mores insultos que podía encontrar en su vocabulario. Por suerte, Ernst no podía oírlos.

-Será mejor que te acuerdes de que los rusos están preparando una escabechina a base de salvas de cañón -le interrumpió Aldo-. ¿O acaso ya no te acuerdas del desembarco de Orán?

-Déjate los cañones para mañana, Aldo. ¿Es que no has advertido que el fuego de los soviets ha disminuido?

-Sí.

-Pues esto quiere decir que por ahora no piensan cañonearnos.

-¡Menos mal! Créeme que me sentaría muy mal tener que tragarme una de esas "pildoritas".

-Bueno, señorita -Ernst se volvió hacia Nina, que le observaba furiosa-. Quiero demostrarle mi buena voluntad, y a tal fin deseo que me acompañe al campamento de sus compañeros. Deseo parlamentar con sus jefes.

-Los soviets no han tenido nunca deseos de parlamentar con los occidentales -respondió ella con voz helada.

-Conforme, pero preferiría discutirlo con ellos. Ande, póngase el casco y no haga tonterías. Quiero evitar más muertes inútiles.

-De todos modos, no logrará nada, se lo aseguro.

Pero la acción de ponerse el yelmo desmintió completamente sus palabras.

CAPÍTULO X

Rendición condicionada

El general Boris Vora se paseó nervioso por el cuartel provisional que se había levantado en el lugar de la lucha. Hacía ya veinte minutos que había hablado con la camarada Parenko, y ésta todavía no daba señales de vida a pesar de las insistentes llamadas efectuadas por medio de la radio. Las dudas empezaban a adueñarse de la mente del general, y empezó a formarse la idea de que todo había sido una añagaza de los alemanes con el fin de ganar tiempo y preparar una ofensiva.

El general Vora había principiado su carrera militar en el Cáucaso, en la tercera guerra mundial, defendiendo las instalaciones de las más poderosas fábricas de armamento de la U.R.S.S. Encerrado la mayor parte de su tiempo en las oficinas de estas fábricas, había pasado toda la postguerra creyendo que las armas más poderosas del mundo eran las rusas. Años después, cuando se proyectó el viaje a la Luna y él fue el encargado de dirigirlo, fue con el convencimiento de que los soviets eran los más poderosos y mejor armados del mundo.

Y he aquí que aquellos occidentales, refugiados en aquel campamento, le habían mantenido en jaque durante más de dos horas, causando trece bajas entre sus hombres. Aquellos extraños fusiles que disparaban proyectiles con potencia de bazookas... Aquellos raros aparatos que les permitían elevarse en el aire... ¿Dónde estaban las poderosas armas soviéticas, que no podían hacer frente a. aquel reducido grupo de hombres?

Y cuando se disponía a utilizar el cañón atómico, con el que pensaba barrer de la faz de la Luna aquellos estúpidos capitalistas, la camarada Parenko...

Decidió que lo más prudente era seguir su primera táctica, y transportar el cañón a la entrada del cráter.

Decidido, se puso el yelmo y salió al exterior, di-rigiéndose hacia el teniente de enlace. Iba ya a darle la orden de seguir el ataque, cuando un soldado se acercó precipitadamente y dijo unas palabras a éste.

Vora no las pudo oír, pues su emisor solamente tenía frecuencia de oficialidad. Pero el teniente, cuya misión era precisamente servir de enlace entre los oficiales y los solearos, tenía el transmisor adaptado a las dos frecuencias.

-Dos personas han salido del campamento capitalista llevando bandera blanca -informó lacónicamente.

“Vaya -pensó Vora- al fin ha cumplido su palabra la camarada Parenko.” Y en voz alta:

-Vamos allá.

Los dos se dirigieron hacia la entrada del cráter, observando a las dos figuras que avanzaban y que no dejaban de ser apuntadas por los fusiles soviéticos ni un instante.

Sí, efectivamente, una de ellas era rusa, se podía advertir por el diseño del traje de vacío. Mas... ¿Porqué diablos la camarada Parenko iba delante del prisionero, permitiendo que éste pudiera atacarla en cualquier momento?

-Que no dejen de apuntar al occidental -transmitió al teniente de enlace.

Las des figuras estaban ya lo suficientemente cerca prta poder apreciar todos los detalles. Y entonces observó que el presunto prisionero llevaba un arma en las manos, con la cual apuntaba a la camarada Parenko, que seguía delante sin siquiera hacer un gesto de rebeldía.

-¿Que diablos...? -rugió.

-No entiendo lo que dice, pero veo que está excitado. Será mejor que se calme -le llegó una voz hablando en alemán-. Deseo parlamentar con usted. El traer conmigo a la “camarada” Parenko es sólo... una garantía.

La sorpresa inmovilizó a Vora, impidiéndole tomar una resolución con la rapidez que el caso imponía. Cuando quiso reaccionar ya era tarde y Ernst, precedido de Nina, ya se encontraba a su lado. La pistola varió de posición y apuntó al pecho de Vora, mientras Ernst decía, por el transmisor de frecuencia rusa que se había adosado al traje.

-Por ahora no tengo ninguna intención belicosa, general, pero si da a sus soldados orden de disparar, usted será el primero en caer. Y una herida recibida en la superficie de la Luna es una muerte cierta, usted lo sabe.

-¿Qué desea? -preguntó Vora, con voz algo temblorosa.

-Ya se lo he dicho antes. Parlamentar con usted.

-Bueno... -permaneció unos momentos indeciso, y al fin decidió -pasen a mi cuartel provisional.

Echó a andar nacía el barracón del que había salido poco anees, y Ernst le siguió. Nina hizo ademán de quedarse fuera, pero un expresivo gesto

del alemán la hizo avanzar junto con él.

Cuando llegaron al interior del barracón y pudieron quitarse los cascos, Ernst observó curioso a su alrededor.

“Cuartel provisional”, había dicho Vora poco antes. Pero la realidad era que allí estaban reunidos los últimos adelantos en materia de confortabilidad. Calefacción, sillones mullidos, una cama no menos cómoda... y un enorme mapa de la Luna extendido a todo lo largo de una pared.

Ernst observó al general y sonrió. Tabaleaba nerviosamente encima de la mesa, como si no las tuviera todas consigo. Su voz sonó áspera cuando increpó a Nina.

-No creí que fueras tan traidora, camarada Parenko. Abusaste de nuestra confianza para ayudar a los capitalistas.

Nina aguantó el reproche sin siquiera alzar la vista, lo cual envalentonó todavía más al general. Ernst intervino en favor de la muchacha.

-Está en un error, general. Cuando comunicó con usted, la “camarada” Parenko había dominado la situación en nuestro campamento. Sólo que después hubo un ligero cambio, y ella pasó a ser de dominante a dominada.

-A pesar de todo, esto tendrá que pasar al Comité General de Moscú. Lo lamento porque la apreciaba.

-Bueno, general -interrumpió Ernst-. Creo que aquí sobran las amonestaciones. He venido con el fin de parlamentar con usted. Es una majadería que nos estemos matando sin saber siquiera los motivos de por qué lo hacemos.

-¿Encuentra que no son motivos suficientes matar a dos soldados rusos y hacer prisionero a otro, amén de atacar la base de éstos? -le interrumpió Nina con voz airada.

-No, estimada amiga. Si tuvimos que matar a sus compañeros, fue por el hecho de que ellos querían matarnos a nosotros. Fue un acto de legítima defensa. En cuanto a la base rusa, nos limitamos a mantener inmóvil al enemigo mientras retrocedíamos hasta nuestro campamento.

Vora sonrió:

-¿Qué es esto, occidental? ¿Un alegato o una disculpa?

Ernst se mordió los labios. Estuvo a punto de soltar un ex abrupto, pero se contuvo. Continuó, como si nada hubiera oído.

-La inconsecuencia la cometieron ustedes al querer atacarnos por

sorpresa, con el fin de destruirnos. Si hemos tenido que matar a algunos soldados rusos, ha sido simplemente con el fin de defendernos nosotros.

Vora se levantó lentamente de su asiento y se acercó a Ernst.

-Veo que los occidentales lo arreglan todo con el paliativo de la “legítima defensa”. Además es muy fácil hablar de condiciones cuando se tiene un arma en la mano y se sabe que el otro no puede defenderse.

Sonriendo ligeramente, Ernst enfundó su pistola.

Ahora quizá venza su timidez, general. Puede hablar con toda libertad.

-Muy agradecido -Vora hizo una ligera inclinación de cabeza-. Según supongo, lo que usted desea es un alto el fuego.

-Acertó. Creo que cada uno de nosotros está obsesionado con la idea de que no podrá estar tranquilo hasta que haya eliminado al otro completamente. Podemos seguir, si queremos, nuestras vidas aquí en la Luna sin preocuparnos de lo que hagan los demás. Claro que... -se apresuró a añadir- ustedes tendrán que destruir sus rampas de lanzamiento que habían instalado, para la seguridad de la Tierra.

-¿Y ustedes? -preguntó Vora-. ¿Qué tendrían que destruir ustedes? ¿Quizá los aparatos que han movido la Luna?

-No -intervino Nina-. ellos no tienen nada que ver con esto.

-¿Cómo es esto, camarada Parenko? -la voz de Vora sonó burlona-. ¿La propaganda capitalista ya te ha convencido?

-No, camarada general. Me han convencido las discusiones que han tenido ellos entre sí sin saber que yo podía escucharles desde la cabina donde estaba. Ellos no han tenido nada que ver con esto.

-Entonces, ¿puedes decirme quién ha sido?

-Para esto estamos aquí. general -respondió Ernst-. Nuestra única misión al llegar a la Luna ha sido investigar los posibles fenómenos que han determinado este suceso.

Vora permaneció pensativo, mientras Ernst rumiaba una idea que le había venido a la cabeza. Dijo:

.-General Vora, le propongo un pacto incondicional: trabajemos juntos en la resolución de este misterio.

El aludido levantó la cabeza sorprendido. Esperaba que Ernst impondría un armisticio condicionado, pero nunca una colaboración franca.

No tuvo tiempo de contestar, pues Ernst ya estaba hablando de nuevo.

-Le parecerá un poco raro lo que le he propuesto, pero estoy dispuesto a hacerlo. Si la señorita Parenko dice que ha oído todo lo que hablábamos desde su cabina, entonces ya sabrá todo lo sucedido. Para que vea que por mi parte hay buena voluntad, se lo voy a contar todo. Luego confronte si quiere con lo que le diga ella.

Se sentó en un sillón, frente al ruso, y empezó a hablar, relatando punto por punto todo lo sucedido desde la noche en que, cuando estaba en el hangar de la astronave, recibió la noticia de la desaparición de la Luna, sin omitir su encuentro con los ''diablos". A medida que hablaba, el rostro del general soviético iba expresando asombro, incredulidad, duda... hasta que al fin, cuando Ernst terminó su relato, Vora lanzó un largo suspiro:

-Es demasiado increíble para ser verdad, *herr* Slinder. Quizá lo hubiera creído de no incluir tantos pasajes inverosímiles. Es, o lo destruye todo.

-Pues es la verdad, camarada general -intervino Nina-. Ellos lo comentaron entre sí cuando creían que yo no podía oírles. No creo que se mintieran entre ellos mismos.

-Tengo otra cosa para demostrárselo, general. Según le he dicho, el profesor Tronelli afirma que esta noche, a las tres y minutos, se producirá el próximo desplazamiento de la Luna. Y ahora son... -consultó su reloj, y dio un respingo- ¡las tres y seis minutos! ¡Salgamos fuera!

-Bien- Vora se levantó, y dijo-: Creo que todo esto no es más que una maniobra preparada por ustedes, pero les creeré de momento. Si la Luna se mueve ahora, confiaré plenamente en ustedes. Pero si no sucede nada, seguirá todo igual que antes.

Se colocó el casco, siendo imitado por Ernst y Nina, y salieron al exterior. Los soldados rusos permanecían todavía en sus sitios, con los fusiles aprestados, pero sin disparar. En el otro bando, los alemanes seguían también a la expectativa.

Ernst levantó la vista hacia el cielo. Encima de sus cabezas, ocupando casi la mayor parte del cielo, el enorme disco de Saturno flotaba lentamente, mostrando la maravilla de sus anillos multicolores. Ernst volvió a consultar su reloj. Hacía poco, cuando el profesor expuso su teoría, no había tomado en consideración ninguna palabra, pero ahora deseaba de todo corazón que ésta

fuera cierta. De ello dependían muchas cosas, quizá fundamentales, para el destino de la expedición.

Transcurrieron unos minutos sin que nada sucediera, y el general Vora comenzó a impacientarse. Ernst volvió a consultar su reloj. Eran las tres y dieciséis minutos.

Y entonces sucedió. Sin ningún ruido, sin nada que señalara la proximidad del fenómeno, Saturno alejó a tremenda velocidad, no tardando en confundirse con las lejanas estrellas que titilaban en el cielo.

Un griterío ensordecedor se levantó en los dos campos, y tanto rusos como alemanes se pusieron en pie, sin preocuparse de ser vistos por los otros. El general Vora, pendiente de los movimientos del planeta que estaba sobre sus cabezas, lanzó un grito de asombro y se quedó mirando incrédulamente a Ernst. Por la radio de éste le llegó la voz del profesor Tronelli, que gritaba desde el campamento:

-¡Os lo vaticiné, muchachos! ¡Ni un minuto más ni un minuto menos! Exactamente cinco días. ¡A pesar de ser un poco rebelde, la Luna sigue siendo tan puntual como siempre!

* * *

Ernst observó atentamente el camino que recorrían.

Iba junto con Aldo, Kraun, Clochard y Tronelli, habiéndose quedado los demás al cuidado de la astronave junto con un teniente y cinco soldados rusos. Así lo había dispuesto Ernst para demostrar patentemente su buena voluntad, y Vora había accedido inmediatamente. Se encontraba demasiado sorprendido por los últimos acontecimientos y estaba dispuesto a aceptar toda sugerencia de Ernst, fuera la que fuera. En cambio, Nina parecía despechada, como si no le gustaran los acontecimientos que se estaban desarrollando. En realidad, lo que le pasaba era que sentía desmoronarse los principios básicos de sus doctrinas, y hubiera deseado que los “capitalistas” se alejaran de allí. Tenía miedo de sucumbir ante ellos... y ante Ernst.

Miró al hombre que iba a su lado, y observó la mirada sorprendida de éste.

-Sorprendido, ¿verdad, Ernst? -le preguntó-. No me extraña, ya que por aquí no debieron pasar ustedes. Hemos seguido una imaginaria parábola, ya que por tierra hubiéramos visto el camino cortado por una serie de colinas, caso de haber seguido la línea recta. Fíjese, allí está nuestra base.

Y señaló un cráter que Ernst identificó fácilmente.

Los coches oruga, únicos vehículos que formaban la columna, iban repletos de soldados (unos treinta en total), además de tres tenientes y el general. Según había informado Nina a Ernst, en la astronave había quedado un retén de diez hombres, que junto con los seis que se habían quedado en la astronave alemana y las quince bajas sufridas, hacían un total de sesenta hombres que habían compuesto la expedición rusa.

-La nave es de gran potencia, y por eso pudimos transportar todo el material que vieron ustedes.

-Claro... -Ernst no prestaba apenas atención a las palabras de la muchacha. Su preocupación principal era la norma a seguir. Había conseguido una momentánea colaboración rusa, pero luego debía lograr la destrucción de las rampas de lanzamiento, que, serían un peligro para la Tierra si la Luna volvía a su lugar habitual. Era aquella una cosa muy fácil de decir, pero... ¿quién le ponía el cascabel al gato? Éste era el problema con el que se enfrentaba Ernst, y toda su preocupación estaba en como resolverlo.

Habían ya circunvalado el cráter, y Ernst pudo observar un angosto paso que había sido practicado artificialmente en la roca al nivel del suelo. Por él penetraron los coches oruga, formando una caravana que enfiló hacia el interior.

Y apenas llegaron a la vista de la astronave, todos sin excepción lanzaron sendos gritos de sorpresa.

Porque todas las rampas de lanzamiento habían sido destruidas, y la plateada nave que otrora se elevara hacia el cielo yacía ahora tumbada de costado, casi completamente destrozada.

¡Pero si esto era de por sí sorprendente, más lo era el extraordinario color rojo que presentaba todo lo que abarcaba la vista, y que era en todo igual al que observaron Ernst, Aldo y Kraun después de destruir el cilindro de los “diablos"!

CAPÍTULO XI

El mensaje de Yuti

Durante unos interminables momentos, nadie se movió del lugar donde estaba.

Fue Aldo quien primero entrevió la verdad, y pudo escapar de la sorpresa que le paralizaba, lanzando un grito que hizo reaccionar a todos.

-¡Los "diablos"!

Y aunque todos reaccionaron a impulsos de este grito, nadie comprendió el verdadero significado que Aldo quiso dar a sus palabras, creyendo que aquellos rojos seres de los que habían oído hablar los atacaban.

Al instante se armó un revuelo fenomenal, que sólo se pudo calmar después de un tiempo y tras gran esfuerzo. Cuando los recién desatados nervios se calmaron y todos comprendieron que nadie les atacaba, Ernst ordenó que se buscaran a los posibles supervivientes, tanto rusos como "diablos". Y para dar ejemplo, él mismo inició la búsqueda junto con Aldo, Tronelli y Kraun.

Mientras buscaban por entre los escombros y las piezas retorcidas en el suelo, Aldo comentó:

-Se defendieron como fieras estos rusos.

-No, señores -les respondió Tronelli, con su normal serenidad-. No pudieron ser los rusos los que causaron esta extraordinaria mortandad entre los "diablos". Ningún arma de bala podría destrozar unos cuerpos de este modo, aunque fueran blandos como gelatina.

-¿Qué quiere insinuar? -inquirió Ernst deteniéndose.

-Simplemente, que aquí ha intervenido alguien más que los soviets. Alguien o algo que se escapa a nuestras pobres imaginaciones.

Como si alguien hubiera oído al profesor, una voz gritó algo en ruso que fue traducido inmediatamente por Kraun.

-Un soldado ruso dice que ha encontrado uno de esos seres agonizante.

Cerro una flecha, los cuatro hombres se lanzaron en la dirección en que se encontraba el soldado que había dado la noticia. Por el camino se encontraron con Vora y Nina, amén de otros muchos soldados que también corrían en aquella dirección.

Cuando llegaron allí, vieron a un soldado inclinado sobre un pequeño

cuerpo, que todos supusieron sería el de un “diablo”.

Pero se equivocaron. El ser que estaba tendido en el suelo, moviéndose dificultosamente, en nada se parecía a un “diablo”. Aunque su color era también rojo, tenía toda la apariencia de un ser humano, de un niño de ocho o diez años. Pero su cara reflejaba una inteligencia y una nobleza poco común en un niño de esta edad.

Vestía un traje de vacío de confección extraña, y su cabeza estaba cubierta por un yelmo transparente que dejaba ver todo su rostro. Y aunque un líquido rojo y espeso, parecido a la sangre, manaba por una herida en el costado causada por un arpón, una sonrisa alegre iluminaba su rostro.

-¡Hola... amigos!

Todos oyeron su voz, aunque sus labios no se habían movido. Los germanos la oyeron en alemán y los soviets en ruso. No se difundió por ningún micrófono, sino que les llegó directamente a sus mentes.

‘Telepatía”, pensaron todos.

Y no se equivocaron. Aquel ser, que estaba viviendo sus últimos minutos, les había hablado telepáticamente. Y volvió a hacerlo.

-Os he estado esperando durante muchas horas, conteniendo los deseos de morir, porque comprendo que debo daros una explicación de lo sucedido aquí... -se interrumpió unos momentos, como si le costara “hablar”, y continuó-. Provengo de un lejano planeta de la galaxia de Andrómeda, y hace mucho tiempo que en mi mundo conocíamos vuestra existencia. Después de muchos años de dudas, y tras largas deliberaciones, decidimos entablar relaciones amistosas con vosotros. Teníamos el inconveniente de que necesitábamos para vivir de una luz roja especial, rica en emanaciones ultravioletas, y disponer de una atmósfera rica en nitrógeno y carente totalmente de oxígeno para vivir...

Respiraba dificultosamente, y se detuvo de nuevo como si quisiera recuperar fuerzas. Continuó su relato, parándose repetidamente para recuperar el aliento que empezaba a faltarle.

-Decidimos adaptar la Luna, que es un planeta sin atmósfera, a nuestras condiciones de vida, y trasladar allí una comisión de investigadores para intercambiar conocimientos con vosotros... Para ello enviamos a los “yis”, estos animales que vosotros llamáis “diablos”... Les dotamos de una inteligencia casi humana y los enviamos aquí... Ellos construyeron aquella

máquina que visteis vosotros, y que estaba destinada a producir una atmósfera de nitrógeno...

El relato, dicho entrecortadamente, iba tomando forma en la mente de los oyentes, y éstos empezaron a comprender la verdad de las cosas.

-Entonces -interrumpió Kraun- ¿aquella máquina no era la que trasladó a la Luna de órbita?

-No... -contestó el hombrecillo- pero no me interrumpáis... Los “yis”, cuando llegaron a la Luna, se rebelaron de nuestro dominio y se nombraron independientes... Eran una amenaza para vosotros, pues tenían la intención de conquistar la Tierra, por ser más fértil que la Luna... Por eso me nombraron a mí para acabar con ellos y destruirlos... Vosotros os adelantasteis, y os lo agradezco... Pero vosotros no sabíais que habían dos grupos de “yis” distribuidos en diferentes lugares, y que el grupo superviviente decidió vengarse... Destruyó todas las instalaciones de este lugar, y mataron a los diez hombres que aquí había... Yo no pude llegar a tiempo de evitar esto, pero sí pude destruirlos a todos... Por desgracia, uno de ellos me hirió antes de que yo lo destruyera...

El relato se iba haciendo cada vez más incoherente, pero el sentido de la narración podía seguirse con facilidad. Ernst, inclinándose hacia el pequeño ser, preguntó:

-¿Y la desaparición de los restos de los “diablos”?

-Es la recuperación corporal...- contestó el hombrecillo-. Cuando uno de nosotros muere... la luz roja que nos alumbra... absorbe la materia de nuestros cuerpos... desintegrándola... Es lo mismo que vosotros llamáis... entierro...

Permaneció unos momentos en silencio, mientras su respiración se iba haciendo más fatigosa y continuó, ya en balbuceos:

-Cuando yo haya muerto... y mi cuerpo haya desaparecido... id hacia el tercer cráter... en dirección norte.. Allí encontraréis... una nave... que deberéis destruir... Los adelantos... que hay en ella... os serían perjudiciales.. . todavía no estáis... preparados, para ellos...

»Más tarde... cuando nuestros sabios... lo juzguen... conveniente... vendrán aquí... a ayudaros... en vuestra evolución... Luego vendrán...

-¿Y la Luna? ¿Qué le pasó a la Luna?

-No lo comprenderíais... Vuestras mentes no están preparadas... para

comprenderlo...

-Pero...

-No os... preocupéis... La Luna volverá... a su sitio... después de... recorrer... todo el Sistema Solar... La Luna...

Se interrumpió bruscamente, y Tronelli se inclinó ansiosamente sobre el.

-La Luna es un ser vivo, ¿verdad? Al igual que los otros planetas. Por eso se ha apartado de su órbita

El hombrecillo le miró unos instantes, como si no comprendiera. Balbuceó:

-Tú...

Volvió a interrumpirse, y cambió el giro de sur-palabras.

-Cuando yo... muera... recordad...me... un .. poco... Recordad... a... Yuti...

Y el pequeño ser dejó de emitir su televoz y permaneció quieto, mirando fijamente a Tronelli como si quisiera comunicarle algo en el último momento con la mirada.

-Ha muerto -murmuró éste, abatido.

Y entonces sucedió algo que dejó paralizado a todos.

De algún punto de la Luna (seguramente del lugar donde había la astronave del pequeño hombrecillo) surgió una esfera roja, que inundó todo con su luz. E instantáneamente, la coloración que presentaba el suelo empezó a desaparecer, mientras el cuerpo de Yuti, como él mismo se había llamado, empezaba a hacerse transparente hasta desaparecer por completo. Y cuando la esfera luminosa hubo cumplido su misión, se lanzó hacia arriba, hacia el espacio, desapareciendo de la vista de los asombrados hombres que contemplaban la escena.

-La recuperación corporal -murmuró Tronelli-. Así entierran esos seres a sus muertos.

Y un extraño grupo regresó a los coches oruga, ocupándolos lentamente. Sus ocupantes recordaron la petición del hombrecillo y se dirigieron al tercer cráter, donde debían encontrar su nave.

Tuvieron que escalar a pie sus paredes, y al llegar arriba pudieron ver que no se habían equivocado. Allí, ocupando la parte central del cráter, un extraño aparato en forma de lenteja reposaba sobre el suelo, sin que se pudiera

observar por parte alguna una entrada o algo parecido.

Ernst, Aldo, Kraun, Tronelli, Vora y Nina se dirigieron hacia allí, mientras los demás esperaban en la cumbre del cráter. Cuando llegaron al lado de la astronave, pudieron cerciorarse de que lo que debía ser la puerta de acceso al aparato se encontraba completamente cerrada, y que sus esfuerzos para intentar abrirla serían inútiles.

-Es una lástima destruir un aparato que debe contener tantas maravillas -murmuró Vora-. Podríamos sacar grandes enseñanzas do él.

-Sí, pero tenemos que cumplir la voluntad de Yuti -murmuró Ernst-. Porque él fue quien salvó a la Tierra de una invasión que nosotros nunca hubiéramos podido ni adivinar. Por eso solamente, merece nuestra eterna gratitud y respeto a su memoria.

Tomó un cartucho atómico que había traído del coche oruga y lo colocó en la parte inferior de la nave, graduando la explosión para media hora más tarde.

Una vez cumplido este requisito, los siete seres volvieron al borde del cráter, reuniéndose con los demás.

Poco después, la caravana de autos oruga se alejaba lentamente de aquel lugar, adentrándose en la gran llanura que separaba el campamento ruso del germano.

Habrían recorrido medio camino, cuando un lejano resplandor indicaba el fin de la nave de Yuti, y con él el misterio de los habitantes de otros mundos.

Ernst, reclinándose en su asiento del coche oruga, lanzó un apagado suspiro y dijo:

-Creo que será mejor no contar nada en la Tierra de lo sucedido cuando volvamos allá.

-¿Por qué? -inquirió Vera, arrugando el entrecejo.

-Pues... usted debe conocer la reacción de las masas, general. Si supieran lo cerca que han estado de sufrir una invasión, se extendería por el mundo una ola de pánico que sería contraproducente. Yo creo que la versión que deberíamos dar allá en la Tierra es...

Mientras, los autos rodaban lentamente por la llanura que conducía al campamento alemán. Allí, erguida majestuosamente, la nave que debería conducirles a la Tierra esperaba el primer impulso que les lanzaría al infinito.

* * *

En el campo de pruebas de donde había despegado, hacía casi un mes, la nave "Golden Traum", una gran multitud de reporteros se apiñaba ansiosamente con el fin de no perderse el reportaje más sensacional del siglo.

Hacía algo más de un día que la Luna, después de recorrer uno por uno todos los planetas del Sistema Solar, había vuelto a su órbita habitual, haciendo renacer la tranquilidad en todo el mundo. La nave que conducía a los hombres que fueran allí para investigar las causas de su desplazamiento regresaba ya a su punto de partida, y si los cálculos no fallaban, pocos minutos después se posaría en aquel campo, exactamente en el mismo sitio de donde partiera.

Hacía ya más de veinte horas que los reporteros más afamados de todo el mundo esperaban apiñados entre la ingente multitud que había acudido a recibir a "sus héroes", como se les llamaba. La impaciencia cundía por doquier cuando un penetrante silbido se dejó oír súbitamente y un alargado y brillante objeto fue descendiendo del cielo majestuosamente, hasta posar su tren de aterrizaje en el mismo sitio que ocupara antes de su partida.

Apenas se hubieron apagado las llamas de las toberas de la astronave cuando una multitud de personas, casi todas ellas periodistas, invadió el campo llegando a los lados de la nave, incandescente todavía a causa del roce con la atmósfera.

Y un súbito silencio se hizo cuando la puerta de ésta se abrió lentamente.

Primero apareció Ernst Slinder, empezando a descender por la escalerilla metálica. Inmediatamente después, en la puerta apareció... ¡Una mujer! Unos cabellos rubios, enmarcando la belleza de un rostro extremadamente joven, hicieron lanzar exclamaciones de asombro y admiración a todos los presentes. Pero lo que más sorprendió a todos, y en particular a los reporteros, fue ¡que aquella mujer lucía el uniforme del ejército soviético!

Después fueron apareciendo otras personas. Un general, también del ejército soviético, el profesor Franco Tronelli, Aldo Ferzetti, el ayudante de Ernst; el profesor Anta, los generales Clochard y Huguert, el profesor Martín... y una gran cantidad de soldados, tanto alemanes como moscovitas, charlando amigablemente y mezclados en íntima camaradería.

Apenas puestos los pies en el suelo la muchedumbre arrebató a los viajeros del espacio, llevándolos en hombros hacia la salida, mientras entonaban vítores a los que “les habían devuelto la Luna”...

Dos días más tarde, después de un merecido descanso, se celebró en el enorme salón de la S.N.M. una gigantesca conferencia de prensa a la que asistieron los más reputados periodistas y columnistas del mundo entero. Allí, los viajeros tuvieron que soportar toda clase de preguntas en plan de continuidad, ya que los reporteros parecían no quererles dar ni un minuto tan solo de respiro.

-¿Qué encontraron en la Luna?

-¿Cuáles eran las causas de sus desplazamientos?

-¿Por qué traen con ustedes tal cantidad de soldados rusos?

-¿Por qué...?

Los viajeros soportaron con toda animosidad el interrogatorio, respondiendo a cada una de las preguntas. No, en la Luna no habían encontrado “absolutamente” nada anormal. La Luna se desplazó de su órbita por causas desconocidas, que no habían podido averiguar. Sin embargo, no volvería a moverse de sitio. Los soldados rusos formaban parte de una expedición que partió a la Luna antes del súbito desplazamiento de ésta, y cuya nave había recibido el impacto de un meteorito...

Un reportero preguntó, con toda intención:

-¿Y quién es esta maravilla de muchacha que le acompaña, señor Slinder?

-Mí novia -respondió éste con todo desparpajo.

Nina se volvió vivamente hacia él mientras alzaba violentamente la mano, dispuesta a descargar otra bofetada en la mejilla de Ernst. Pero éste no le dejó terminar la acción. Sujetándole la mano, la atrajo hacia sí y la besó ante todo el público.

-Esto viene a ser como una declaración amorosa, “camarada” Parenko.

Y Nina Parenko, sin saber qué responder, enrojeció vivamente.

También al profesor Tronelli se le hicieron numerosas preguntas, casi todas relativas a su ya famosa teoría. Aclaró, refiriéndose a ésta:

-Es cierta, aunque no pueda demostrarse teóricamente... por ahora. E incluso les diré más. La tierra, este pedazo de suelo que ustedes están pisando

ahora, también es parte de un ser vivo. Todos los planetas lo son, aunque ustedes, cabezotas hasta el fin, se obstinen en no comprenderlo.

Las declaraciones del profesor fueron publicadas en todos los periódicos mundiales. Y si bien muchos tacharon a Tronelli de loco visionario, otros, la mayoría, estuvieron de acuerdo con las teorías del profesor, con lo que éste se sintió enteramente satisfecho.

Diez días después de su llegada, en el jardín de la casa que Ernst poseía en las afueras de la capital germana, todos los que regresaron con éste celebraban una gran fiesta para conmemorar un doble motivo: la despedida de los soldados rusos, que regresaban a su país, y la boda de Ernst Slinder, ingeniero astronáutico, con Nina Parenko, "camarada" teniente. La reunión estaba animada, y las conversaciones entre los diversos grupos se sucedían sin interrupción.

-Usted -decía en aquellos momentos Jugert, que había sido invitado especialmente a la fiesta- goza de mucha popularidad allí, general Vora, y quizá el pueblo ruso le crea más a usted que al Kremlin en peso.

-No lo sé, pero de todos modos, pienso intentarlo.

-Todos esperamos que tendrá éxito en su empresa...

La reunión discurría lentamente, y llegó la hora en que todos los invitados se fueron despidiendo. Los últimos en irse, Aldo y el profesor Tronelli. hicieron una despedida un tanto original. Ferzetti se contentó con un:

-Como que tú no eras ningún donjuán, ¿eh?

Tronelli, más enrevesado, les dijo al despedirse:

-;Ah!, y un consejo. Cuando paséis por la calle, no piséis demasiado fuertemente el suelo. Podéis coger a la Tierra en unos momentos de mal humor y hacerla enfadar con vosotros. ¡Y a lo mejor se le ocurre abrir un volcán a vuestros pies!

Y se alejó casi de puntillas, entre las risas de los dos jóvenes.

Y en aquellos mismos momentos, en varios puntos alejados del planeta, unas pequeñas e intermitentes convulsiones sacudieron el suelo sin que nadie pudiera dar explicación alguna al raro fenómeno.

¿Nadie? Bueno, sí. Una persona hubiera podido dar una explicación lógica. Y no se hubiera equivocado.

La Tierra "reía" el chiste...

FIN

151

Apenas comience la lectura de esta apasionante narración, quedará prendido en su trama obsesionante que dejará honda huella en todos los lectores de aventuras científicas.

RUTAS IGNORADAS

Es el sugestivo título de esta novela de ágil desarrollo y dinámica acción.

¡Naves desaparecidas en el espacio!

¡Hombres autómatas!

¡Cerebros super-dotados investigando en mundos perdidos!

RUTAS IGNORADAS

es la última creación del famoso novelista

J. NEGRI O'HARA

Nos complace anunciar que se publicará en el próximo número de la Colección

Luchadores del Espacio

TIP. ARTÍSTICA.

Precio: **6** pesetas.

Notes

[←1]

¡Bruto, animal, cerdo!